

EL COMPETIDOR IMAGINARIO.
LOS INMIGRANTES ITALIANOS SEGÚN LA COLECTIVIDAD
ESPAÑOLA DE LA ARGENTINA (1900-1940)

Xosé M. Núñez Seixas

La Argentina del primer tercio del siglo XX fue un crisol de culturas y de grupos étnicos inmigrantes, cuyo impacto comparativo sobre la población total fue mayor que en otros ejemplos *clásicos* de países receptores de masiva inmigración europea desde mediados del siglo XIX (Estados Unidos, Brasil, Canadá o Australia). País abierto a la inmigración europea desde 1855, a él llegaron en oleadas sucesivas diversos componentes. Pero, a pesar de la voluntad expresada por Alberdi primero, por Sarmiento después, y por varios políticos y publicistas argentinos de finales de siglo, la inmigración arribada al país no fue siempre la más deseada en términos de jerarquía étnica y social. No llegaron al Río de la Plata las cantidades ingentes de centroeuropeos, franceses, escandinavos y anglosajones que servirían para colonizar las inmensas tierras del interior, modernizar el país, asegurar el predominio de la raza blanca y hacer desaparecer lo que para muchos nacionalistas argentinos de entresiglos era la *perniciosa* herencia cultural hispánica, causante de atraso y barbarie. Por el contrario, entre los países que más emigrantes enviaron a la joven República Austral destacaron, particularmente, dos: Italia y España, seguidos de porcentajes menores de variadas procedencias (franceses – sobre todo vascos y bearneses –, alemanes, “turcos” – libaneses y sirios –, “rusos” – judíos centroeuropeos –, suizos, y un largo etcétera). Entre 1878 y 1927, un 46,2 por ciento de los inmigrantes de ultramar llegados a la Argentina procedían de Italia, y un 32,88 por ciento de España. A continuación venía un 3,51 por ciento de franceses, un 3,1 por

ciento de “rusos”, y un 14,29 por ciento más que eran originarios de otros países¹.

Los inmigrantes italianos, como se puede apreciar, constituyeron el contingente principal de la inmigración europea al Río de la Plata durante el siglo XIX, en sucesivas oleadas que llevaron primero a ligures y piamonteses, después a calabreses y sicilianos, particularmente durante las décadas centrales del XIX. Su impacto en la sociedad argentina fue inmediato, y las actitudes hacia ellos variaron desde la buena acogida inicial al miedo posterior a su *excesivo* número, marcándose al tiempo una preferencia acusada, dentro de la opinión pública y publicada argentina, por los italianos septentrionales frente a los meridionales². A continuación llegaron los españoles, particularmente numerosos desde la década de 1890, y hegemónicos durante las dos primeras décadas del siglo XX. Aún sin alcanzar la cuantía numérica de los transalpinos, los hispanos rivalizaron con aquellos en visibilidad e influencia en el nuevo país, particularmente en su capital, la cosmopolita Buenos Aires de la *Belle Époque*³. Las actitudes hacia los inmigrantes españoles tampoco fueron muy diferentes de las abrigadas hacia los italianos unas décadas antes: del rechazo inicial se pasó a una revalorización de su papel como posibles *regeneradores* de las tradiciones culturales criollas, en peligro ante la afluencia de inmigrantes que hablaban idiomas distintos del castellano⁴. Pero esa revalorización no estaba, a su vez, exenta de jerarquizaciones regionales: dejando aparte a los vascos, considerados en la opinión pública argentina como un grupo étnico diferenciado (incluyendo españoles y franceses) y revestidos de un estereotipo étnico altamente positivo desde mediados del siglo XIX, los gallegos, asturianos y andaluces gozaban de menos simpatías que los catalanes, mallorquines o castella-

1. Datos recogidos de F. Devoto, *Estudios sobre la emigración italiana a la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX*, Napoli, ESI, 1991, p. 67.

2. Para una visión de la inmigración italiana en la Argentina, y sin ánimo de ser exhaustivos, cfr. F.J. Devoto, G. Rosoli (eds.), *L'Italia nella società argentina*, Roma, CSER, 1988; E. Scarzanella, *Italiani d'Argentina. Storie di contadini, industriali e missionari italiani in Argentina, 1850-1912*, Venezia, Marsilio, 1983; F. Devoto, *Estudios...*, cit.; Id., *Le migrazioni italiane in Argentina. Un saggio interpretativo*, Napoli, Istituto per gli Studi Filosofici, 1993; S. Baily, *Immigrants in the Lands of Promise. Italians in Buenos Aires and New York City, 1870-1914*, Ithaca-London, Cornell University Press, 1999.

3. Para una visión general sobre los inmigrantes españoles en Argentina, cfr. J.C. Moya, *Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, Berkeley, University of California Press, 1998; A.E. Fernández, J.C. Moya (eds.), *La inmigración española en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1999; B. Sánchez Alonso, *La inmigración española en Argentina. Siglos XIX y XX*, Colombes, Archivo de Indianos, 1992.

4. Cfr. F. Devoto, *Los primeros nacionalistas argentinos*, Madrid, Siglo XXI, 2001, cap. 2; Id., *¿Inventando a los italianos? Imágenes de los primeros inmigrantes en Buenos Aires (1810-1880)*, in “Anuario del IEHS”, 1992 (VII), pp. 121-135.

nos⁵. Particularmente, el peso del estereotipo negativo se hacía especialmente patente en las actitudes sociales hacia los inmigrantes gallegos, mayoritarios dentro del contingente hispano (sobre un 55% de todos los llegados a la Argentina), y empleados mayoritariamente en oficios no cualificados del sector terciario urbano⁶.

Las élites de la colectividad inmigrante española desarrollaron una serie de estrategias discursivas para enfatizar la calidad de su aporte *civilizador* al nuevo país. Particularmente a partir de la primera década del siglo XIX, cuando entre argentinos y españoles se comenzó a gestar un mayor clima de entendimiento y valoración mutua, que culminó en las conmemoraciones del Centenario de la Independencia Argentina, en 1910⁷. Esas estrategias, comunes a élites del ascenso económico, profesional e intelectual, también unían por igual a líderes de extracción republicana, carlista o monárquica. Y tenían múltiples manifestaciones en cada una de las colectividades regionales en que se dividía la colonia de inmigrantes españoles, particularmente en su vector más poderoso y uno de los mejor organizados en base a órganos de prensa, asociaciones mutualistas, de recreo, instructivas y políticas: la comunidad gallega. En síntesis, se trataba de exaltar y reafirmar el prestigio del propio grupo étnico inmigrante, para a continuación destacar su aportación a la historia argentina y, particularmente, al proceso de consecución de la independencia. Pero también se trataba de conectar con una preocupación creciente en algunos sectores de la intelectualidad argentina desde fines del siglo XIX: el temor a la *italianización* de la Argentina, a la *desnaturalización* de su tradición cultural. Ahí, la élite inmigrante española, y las diversas élites de las colectividades regionales, elaboraron un mensaje que incidía en el argumento de la mayor adaptabilidad del aporte migratorio español, por proximidad idiomática y afinidad de costumbres, a

5. Cfr. por ejemplo las jerarquizaciones según el origen regional de los inmigrantes españoles e italianos que lleva a cabo el propietario agrario y publicista residente en La Plata: J.P. Sagastume, *La inmigración. Su influencia en el País*, La Plata, s. ed., 1916.

6. Cfr. X.M. Núñez Seixas (ed.), *La Galicia austral. La inmigración gallega en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 2001. Sobre el estereotipo étnico negativo existente hacia los inmigrantes gallegos en la sociedad argentina y su evolución, cfr. M. Fernández Santiago, *Associazionismo etnico e considerazione sociale: gli emigranti galiziani in Argentina (1879-1950)*, in "Memoria e Ricerca", 1996, n. 8, pp. 77-98; X.M. Núñez Seixas, *Algunas notas sobre la imagen social de los inmigrantes gallegos en la Argentina (1850-1940)*, in "Estudios Migratorios Latinoamericanos", 1999, n. 42, pp. 67-108.

7. L.A. Bertoni, *La hora de la confraternidad. Los inmigrantes y la Argentina en conflicto, 1895-1901*, in "Estudios Migratorios Latinoamericanos", 1996, n. 32, pp. 61-84; J. Mas Pi y F. Camba, *Los Españoles en el Centenario Argentino*, Buenos Aires, Imprenta Mestres, 1910; J.C. Moya, *op. cit.*, pp. 348-76; J.M. Macarro, *La imagen de España en América 1898-1931*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1994, pp. 61-110.

la población criolla. Y para ello también se señaló un adversario, el único que realmente podía contar: los italianos.

Farabutti, el competidor italiano

En todas las ciudades argentinas coexistían, en mayor o menor medida, inmigrantes españoles e italianos, con diferentes pesos de orígenes regionales, y mayor o menor convivencia espacial en los mismos barrios. Particularmente, Buenos Aires simbolizaba claramente la dualidad del aporte (italiano y español), y al mismo tiempo su entremezclamiento residencial, pues en la capital argentina no se produjo una segregación residencial de los diferentes colectivos inmigrantes tan acusada como en las ciudades norteamericanas, pese a que los españoles tenían mayor presencia en unos barrios (Centro, Montserrat, Constitución), y los italianos en otros (Palermo, La Boca)⁸. Las élites de la colectividad inmigrante hispánica en la capital argentina designaban balbucientemente como un *otro* a los italianos, sin distinción alguna de origen regional, aunque a veces se insistiese particularmente en los meridionales. Los *tanos* eran la comunidad que rivalizaba en dimensión cuantitativa y en presencia social con los inmigrantes españoles, los que convivían en general en segmentos semejantes o colindantes del mercado laboral, y los que también se asimilaban rápidamente en la sociedad argentina, por lo que sus hijos podían ser considerados como una *competencia* para los hijos de los propios inmigrantes hispanos. Y eran los italianos los que con cierta frecuencia, de modo más o menos esporádico según los casos, ocupaban el lugar de personajes ingenuos, haraganes o cortos de luces en las imágenes alternativas elaboradas por las élites de la colectividad española.

Sin embargo, esas imágenes estaban revestidas asimismo de una cierta ambigüedad, y no exentas de consideración cariñosa y hasta de ternura, producto de la convivencia y la fusión matrimonial. Por ello, la rivalidad era más simbólica y episódica que pública, articulada y visible. Como bien recordaba el hijo de inmigrantes lucenses Antonio Pérez-Prado, rememorando los tiempos de infancia y su convivencia en la escuela pública con los hijos de italianos en el Buenos Aires de los años Treinta, en un pasaje cuya expresividad creemos que justifica su extensión:

Los italianos eran nuestros enemigos naturales. Los criollos, dueños de casa, no contaban, los considerábamos intocables y los de otras naciones de inmigrantes, los *rusos*, los *turcos*, los pocos otros, no tenían número ni importancia. Pero

8. Cfr. J.R. Scobie, *Buenos Aires. Del centro a los barrios, 1870-1910*, Buenos Aires, Eds. Solar, 1986 [Oxford 1974], pp. 46-49; J.C. Moya, *op. cit.*, pp. 123-204.

tanos había muchos y se acriollaban rápido, se disolvían en la sociedad porteña; ellos eran los verdaderos competidores. Nosotros, los galaicos, víctimas del estereotipo sainetesco, aceptábamos con malicioso placer los correspondientes a otras naciones de inmigrantes. A los *tanos* [...] les cargábamos las tintas. Ellos resultaban, en nuestras representaciones, malamente parecidos a los criollos pero sin derechos y, además, risibles. Eran trabajadores – eso le reconocíamos – pero los *maffiosos* de la crónica policial tenían apellidos italianos [...]. Además, y en eso no teníamos dudas, a esos tanos de mucho alboroto y escándalo le faltaban hígados, para decirlo con elegancia [...]. Como se trataba de axiomas no había ni siquiera obligación de comprobarlo por vía experimental y, en términos generales, éramos pacíficos⁹.

Esa visión de los inmigrantes italianos como potenciales competidores, pero al mismo tiempo ese benigno desdén hacia su juzgado exceso de teatralidad, se traspasó a la siguiente generación de inmigrantes. El hijo de inmigrantes ourensanos y posterior dirigente sindical en Galicia Manuel Mera recordaba cómo, en la década de los Cincuenta, los gallegos de Buenos Aires, pese a su convivencia diaria con los inmigrantes italianos, solían hacer burla de ellos porque los transalpinos solían vestir con gran elegancia endomingada, razón por la que los gallegos los designaban con el muy lunfardo término de *pitucos*¹⁰.

Los orígenes de la rivalidad entre españoles e italianos se remontan ya a mediados del siglo XIX, más motivados por cuestiones de prestigio y status social que por causas económicas¹¹. Y como tal continuaron en la primera década del siglo XX. Era una suerte de competencia por el aprecio simbólico de la sociedad argentina. De este modo, por ejemplo, a pesar de sus confesas simpatías por el legado garibaldino y sus vínculos con los republicanos mazzinianos del Plata, el líder de la Liga Republicana Española en la Argentina (LRE) Carlos Malagarriga podía lamentarse veladamente en 1904 de que a los monumentos en honra de las celebridades hispánicas se les dedicaban espacios urbanos menos lucidos en la urbe porteña que a las glorias italianas, concretamente a la estatua dedicada a Humberto I (y poco después a la inaugurada en honor de Garibaldi, ubicada en la Plaza Italia), a pesar de que «se busca la acción de la colectividad española para contrarrestar la de la italiana, que ha parecido excesiva cuando se ha apoderado de uno de los mejores sitios de la

9. A. Pérez Prado, *Los gallegos y Buenos Aires*, Buenos Aires, Eds. La Bastilla, 1973, pp. 249-250.

10. X. Leira, *Manuel Mera. A paixón militante*, Vigo, Eds. Xerais, 2000, p. 26.

11. Cfr. J.C. Moya, *op. cit.*, p. 346.

capital»¹². Otros republicanos, sin embargo, iban más allá, cuando insinuaban veladamente, como Manuel A. Bares (1855-1945) en 1897, que los nombres itálicos de los más famosos activistas anarquistas, principiando por Angiolillo y Malatesta, parecían «el espectro ensangrentado de aquella compleja Italia del siglo XV, aquella Italia tenebrosa, Jano con una cara en la sombra [...] que parecía sucumbir [...] a la ley atroz de la exterminación de los débiles por los fuertes que rige al reino animal», germen que se manifestaría de nuevo en cuanto las condiciones ambientales permitían que la semilla rebrotase¹³.

Las reticencias por parte transalpina no abundaron hasta comienzos del siglo XX, como reacción precisamente frente al movimiento de *reconciliación* entre las élites criollas y España, en el que los dirigentes republicanos españoles expatriados en Argentina jugaron un importante papel, pese a ser en teoría opositores del régimen político imperante en la patria lejana. De este modo, los periódicos italianos del Río de la Plata expresaron su dolida decepción ante la aproximación que se produjo entre la República austral y la Monarquía española, patente hacia los años del Centenario y plasmado en el obsequioso recibimiento dispensado por el Gobierno argentino a la infanta Isabel cuando esta última visitó Buenos Aires en mayo de 1910, para inaugurar el Monumento de los españoles a la nación argentina. “Il Maledicente” expresaba en aquella coyuntura su pesar, al contemplar cómo la «fiereza republicana» de los argentinos se doblegaba ante «la majestad soberana de la Vieja Infanta que la personifica»; y recordaba que, si los inmigrantes italianos luciesen el pendón garibaldino en sus balcones, esa misma infanta se habría preguntado «si aquí, más que una América española, no había una América italiana»¹⁴.

En el período 1915-18 se añadió a ello la superposición de esas disputas a la división entre aliadófilos y germanófilos en el seno de la opinión pública argentina. Los periódicos de la colectividad italiana, dentro del proceso de movilización patriótica en favor del esfuerzo bélico de su país de origen, responsabilizaron explícitamente al conjunto de los españoles residentes en la Argentina de sustentar posiciones germanófilas o neutrales, en parte por oposición a Italia y a su cambio de bando beligerante en 1915¹⁵. Imágenes preexistentes asociaban la posición española a servil

12. C. Malagarriga, *El monumento a Isabel la Católica*, 22 septiembre 1904, en Id., *Prosa muerta. Herbario de artículos políticos*, Buenos Aires, Librería La Facultad de Juan Roldán, 1908, pp. 96-100.

13. M.A. Bares, *La pústula*, 24 agosto 1897, en Id., *Más prosa (colección de artículos)*, Buenos Aires, Imp. de El Correo Español, 1899, pp. 213-221.

14. “Il Maledicente”, 29 mayo 1910, citado en castellano en H. Clementi, *El miedo a la inmigración*, Buenos Aires, Ed. Leviatán, 1984, pp. 82-83.

15. Para el contexto, cfr. E. Franzina, *La guerra lontana: Il primo conflitto mondiale e gli italiani d'Argentina*, in “Estudios Migratorios Latinoamericanos”, 2000, n. 44, pp. 57-83.

sumisión al imperialismo germánico. Y en las manifestaciones italianas en favor de la *Entente* no faltaban alusiones a la *cobardía* hispánica por no intervenir junto a Italia y Portugal en la guerra¹⁶.

Algo semejante se encuentra en la prensa italiana de Buenos Aires. Aunque formalmente se respetase a España y se guardasen las formas respecto de la colectividad inmigrante hispánica, en algunos relatos costumbristas o de ficción se caricaturizaba la neutralidad hispánica como producto de una suerte de degeneración. Así lo hacía, por ejemplo, A. Vaccari en un cuento publicado en 1917 en el periódico italiano de mayor tirada de Buenos Aires, “La Patria degli Italiani”: el protagonista del cuento, el inmigrante italiano *Chivito*, afirmaba en su particular *cocoliche* que «La Spagna é un paese che deve quedare atrasato alla forza con motivo de su güesito», es decir, de un hueso detrás del cuello que no sería sino una degeneración física producto de la mezcla de sangre árabe e ibérica, y que afectaría a la inteligencia. El cuento remataba con el siguiente poema:

Ah, Spagna, Spagna, Spagna,
rompi il huesito della cuticagna.
Voglio vederti grande come prima!
Abbandona i tedeschi e vieni via
Coi latini, i sasson e i nordamericani
e allor ti applaudiremo a quatro mani¹⁷.

Esas alusiones se encuadraban, además, dentro de otra batalla simbólica que fue finalmente *perdida* por la élite inmigrante italiana de Argentina. En 1917, el Gobierno radical presidido por Hipólito Yrigoyen declaró la festividad del Doce de Octubre como “Día de la Raza” (hispánica), y no como “Día de Colón”, al igual que en los Estados Unidos, como pretendían las élites de la colectividad inmigrante transalpina, que venían celebrando desde fines del siglo XIX aquella fecha como conmemoración del descubrimiento de América. La campaña propagandística que había promovido la Asociación Patriótica Española desde principios de siglo para conseguir el reconocimiento oficial de esa efemérides se veía así culminada por el éxito¹⁸. Frente a ello, los periódicos y las asociaciones italianas de Buenos Aires reaccionaron con furor, y llama-

16. Por ejemplo, la manifestación en favor del esfuerzo bélico de Italia celebrada el 23 de septiembre de 1917. Cfr. J. Rodríguez Elías, *Dejemos en paz a Don Quijote*, “Nova Galicia”, 4 octubre 1917, p. 1.

17. Dr. A. Vaccari, *Vita bonaerense. Il “compañero Chivito”*, “La Patria degli Italiani”, 18 julio 1917, p. 3.

18. Cfr. E. Quesada, *El día de la raza y su significado en Hispano-América*, Buenos Aires, Araujo Hermanos, 1918; J.C. Moya, *op. cit.*, pp. 353-354.

ron a boicotear la fiesta, recomendado a sus lectores que no colgasen banderas de los balcones en ese día señalado, y que no participasen del jolgorio popular. En plena campaña por conseguir que tanto España como, sobre todo, la Argentina se declarasen beligerantes a favor de los aliados, “La Patria degli Italiani” atribuía consternada la conversión del Día de Colón en Día de la Raza a una «dimostrazione neutralista» de la que habrían sido responsables «i tedeschi, organizzatori della carnevalata». Estos últimos, además, habrían llevado a los españoles a participar de una fiesta que supondría una traición al ideal de *latinidad* compartido con los transalpinos¹⁹. De hecho, varias asociaciones italianas de la capital argentina celebraron actos alternativos el mismo doce de octubre, en colaboración con representantes de las colectividades inmigrantes inglesa y francesa²⁰.

El boicot persistió algún tiempo, aunque de modo más sutil. Así, el periódico “L’Italia del Popolo”, fundado en 1917 y de orientación más republicano-izquierdista que “La Patria degli Italiani”, dedicó su número del doce de octubre de 1918 a glosar en primera página la figura de Francesc Ferrer i Guardia, condenado a muerte en Barcelona unos años antes por el Gobierno español en represalia por la Semana trágica de Barcelona. Frente a las airadas protestas de la prensa española de Buenos Aires, “L’Italia del Popolo” afirmaba unos días después no estar en contra de España, sino que únicamente expresaba su rechazo a la «Spagna monarchica e clericale, quella che si palleggia il lealismo tra il diritto di Alfonso e quello di Jaime, [...] della manomorta, del turno dei partiti, dei cannoni di legno sulle navi inviate a difendere Cuba, del tribunale militare, delle rapine del re e delle laidezze delle regine». Esa España estaría sujeta al «spagnolismo germanofilo». Por el contrario, el periódico acogía con simpatía a la *otra España*:

La Spagna che si dibatte invano per scrollarsi di dosso tutta la polvere, la ruggine, le ragnatele del passato; la Spagna laica che affronta fieramente la morte nelle fosse del castello di Montjuich [...], la Spagna dei lavoratori, che nelle sonanti officine e nei fervidi opifici della Catalogna fremono impazienti; la Spagna, insomma, civile e repubblicana.

Si persistía un «stato di permanente antipatia esistente tra italiani e spagnoli in questa Repubblica», contrario a la solidaridad latina, ello sólo era culpa de una camarilla monárquica y clerical que se negaba a condenar «i misfatti compiuti dalle potenze centrali». Pero el pueblo español

19. Cfr. *La protesta*, “La Patria degli Italiani”, 9 octubre 1917, p. 3.

20. Cfr. “La Patria degli Italiani”, 12 octubre 1917, pp. 1-3, dedicado a *Il Nostro 12 Ottobre*; Ivi, 13 octubre 1917, p. 3.

no sería responsable de los pecados de sus gobernantes²¹. Ese mismo año, varias asociaciones italianas celebraron también actos alternativos al Día de la Raza, donde se incidió por parte de los oradores en la cobardía del Gobierno argentino y de España por no sumarse a las naciones *civilizadas* representadas en la *Entente*²².

Había algo de real en la suspicacia italiana. Pues era un hecho que la colectividad española era germanófila en su gran mayoría, al menos sus élites y periódicos más representativos. Al poco de estallar el conflicto, el periodista español Julio Cola sacó a la calle un semanario partidario de los imperios centrales, “Gaceta de España”, con presumible financiación alemana. Y otros periódicos de la colectividad hispánica defendían una forzada neutralidad ante el conflicto, que no ocultaba simpatías germanófilas. Esta postura tenía, sin embargo, otras motivaciones de carácter indirecto, que no necesariamente se vinculaban a una preferencia explícita por la Alemania guillermina. La simpatía de los periódicos españoles por los Imperios centrales era una reacción a la intervención de Gran Bretaña y, sobre todo, de los Estados Unidos a favor de la *Entente* desde 1917. Ello hizo reverdecer en la colectividad hispánica de la Argentina el fuerte sentimiento antinorteamericano que había surgido en 1898, en el transcurso de la movilización de los inmigrantes españoles en el Plata en defensa de la españolidad de Cuba²³. Ese antinorteamericanismo, de hecho, se había mantenido al socaire del no menor sentimiento de rivalidad del nacionalismo argentino hacia el gran vecino del Norte y sus pretensiones hegemónicas dentro del continente²⁴. La opción contra la *Entente* no parecía tener, en principio, una fundamental motivación antiitaliana. Con todo, ésta aparecía en ocasiones, aunque de modo subliminal y sólo de modo subordinado al antiamericanismo. Por ejemplo, cuando, al caricaturizar a los aliadófilos desde la prensa española, se les presentaba hablando en una imitación del chapurreado español de los inmigrantes italianos (*cocoliche*)²⁵.

21. Cfr. *Nel giorno della “fiesta de la raza”*, “L’Italia del Popolo”, 12 octubre 1918, p. 1; *Echi della “Fiesta de la raza”*, “L’Italia del Popolo”, 15 octubre 1918, p. 3; *Ragione e sentimento*, “L’Italia del Popolo”, 20 octubre 1918, p. 3.

22. *Commemorando la scoperta dell’America*, “L’Italia del Popolo”, 13 octubre 1918, pp. 4-5.

23. Cfr. por ejemplo los artículos *El Despertar de la Raza*, 28 abril 1898, y *El conflicto*, agosto 1898, reproducidos en M.A. Bares, *Más prosa...*, cit., pp. 238-247 y 257-273.

24. Cfr. por ejemplo D. Aguilera, *España y los yanquis*, “Nova Galicia”, 4 septiembre 1917, p. 2; T.D. Romero, *Anglo e Hispano-Americanismo*, “Nova Galicia”, 22 septiembre 1917, p. 1; *Aclaraciones*, “Nova Galicia”, 21 diciembre 1917, p. 1; *¿Españoles? ¿O qué?*, “Nova Galicia”, 2 marzo 1918, p. 1.

25. Por ejemplo, el chiste reproducido en *¿Qué tal van los aliados?*, “Nova Galicia”, 2 marzo 1918, p. 1: «una cliente pide café al camarero, rogándole que se lo sirva

De este modo, en la masiva manifestación de apoyo a Italia que, con asistencia de unas cincuenta mil personas, recorrió las principales calles del centro de Buenos Aires tras la derrota de Caporetto, apenas participó una delegación de doscientos españoles. Sólo el semanario “Correo de Galicia” y su director, el periodista coruñés inmigrado en 1905 José R. Lence, mantuvo una inquebrantable posición aliadófila y de búsqueda de concordia con la colectividad italiana. Junto al redactor de “El Diario Español” Vicente Serrano Clavero, Lence promovió la constitución de un *Comité Español Pro-Aliados* en 1916, que apenas contaba con cuatrocientos adherentes. Incluso, en noviembre de 1917 Lence promovió un *Comité Gallego Pro-Aliados* en solidaridad con la colonia italiana, flanqueado por algunos prohombres de la colectividad galaica, y organizó varios festivales para recaudar fondos en favor del esfuerzo bélico contra Alemania, algo que le reportó numerosas críticas por parte de otros periódicos de la colectividad gallega²⁶.

Un caso semejante de superposición de posicionamientos políticos y arquetipos creados en esa rivalidad entre gallegos e italianos tendrá lugar en Buenos Aires en los años de la Guerra civil española (1936-39). No es inusual en los testimonios de los españoles *leales* favorables al bando republicano el deleite en caricaturizar a los fascistas italianos que intervenían al lado de las tropas franquistas, y a sus partidarios entre la colectividad inmigrante transalpina de la Argentina, como *capronis*. Incluso se observa un especial ensañamiento en la caricatura de los fascistas italianos que, en nuestra opinión, debe mucho también a las imágenes creadas en el seno de la colectividad gallega con cierta anterioridad: el italiano como amanerado y falto de valor guerrero que describía el actor gallego (arribado a Buenos Aires en 1929, y después casado con una italoargentina) Fernando Iglesias *Tacholas* parecía un trasunto de las caricaturas hispánicas sobre el italiano en los años Veinte²⁷. Con todo, ello no oscurecía el hecho de que la prensa antifranquista y prorrepública española también colaborase con los círculos progresistas y antifascistas italianos de Buenos Aires agrupados alrededor del periódico “L’Italia del Popolo”.

en una cafetera rusa, a lo que el camarero responde: *Signora: io non poso portare la cofeterita rusa porque está... ¡scognatta!*».

26. Cfr. J.R. Lence, *Memorias de un periodista*, Buenos Aires, Centro Difusor del Libro, 1945, pp. 152-154, así como su artículo retrospectivo *Lluvia de injurias*, “Correo de Galicia”, 6 febrero 1921, p. 1. Para la visión del germanófilo “Nova Galicia”, vid. *Cinematógrafo gratuito*, “Nova Galicia”, 5 diciembre 1917, p. 1; *¿Dónde está el amor a Galicia?*, “Nova Galicia”, 3 enero 1918, pp. 1-2; *Cambios que no quedan bien*, “Nova Galicia”, 20 abril 1918, p. 1.

27. Cfr. por ejemplo las varias referencias de las memorias de Tacholas a los *capronis* y a sus encuentros con italianos partidarios de los fascistas en Id., *A guerra civil española desde lonxe*, reproducido en L. Pérez Rodríguez, *Fernando Iglesias «Tacholas», un actor auriense na Galicia ideal*, Sada-A Coruña, Eds. do Castro, 1996, pp. 230, 232 y 243.

A comienzos del siglo XX los observadores españoles de la realidad argentina, como José María Salaverría, no dejaban de constatar con una mezcla de envidia y no soterrada conmiseración el hecho de que los inmigrantes italianos superaban en número a los inmigrantes hispanos, y que aquéllos invadían «sin remedio, de una manera suave e irresistible» todos los ámbitos laborales, culturales y geográficos de la República Argentina, poniendo en peligro la herencia cultural española de los tiempos de la colonización. Ciertamente, se reconocían las virtudes laboriosas y la dúctil adaptabilidad laboral, la «enciclopédica aptitud» de los inmigrantes italianos para todos los oficios salvo la ganadería, pues además contarían con la ventaja – al contrario que los españoles – de tener un Estado protector y planificador detrás de ellos. Pero Salaverría también hacía distinciones entre los transalpinos según su origen regional. Así, diferenciaba entre los inmigrantes italianos del Norte (genoveses o lombardos), ambiciosos, veraces y serios, y los meridionales (calabreses y napolitanos), contra los que cargaba las tintas con el objetivo de mostrar que eran *inferiores* a los inmigrantes españoles. Los meridionales se caracterizarían por una idiosincrasia humilde: «son avaros y poco emprendedores, se contentan con una fortuna mediana, y para conseguir esta fortuna se valen del ahorro, merced a una vida paciente y miserable». Ocupando los oficios menos cualificados, napolitanos y calabreses podían ser hallados en menesteres poco dignos, no mejores que los españoles: «amontonados en la calle, limpiando botas, guiando coches, empedrando la vía pública»; y no contribuirían al progreso económico del país, pues al poco tiempo volverían a Italia: «amasan un capital mezquino y desaparecen». Sin embargo, la «oleaginosa cortesía» y la proverbial aptitud del italiano para el teatro le facilitarían su *peligrosa* penetración, frente a la proverbial arrogancia de los inmigrantes españoles. Una consecuencia de ello no sería inocua, a los ojos de Salaverría: la cultura de masas italiana también amenazaba con suplantar el influjo español en la Argentina, «las fermatas y las tonterías de los tenores, las mismas óperas románticas al estilo antiguo, expulsadas de los teatros europeos». Todo ello sería expresión de un «espíritu de arte falso, de arte mercantil, de latinismo decadente y corrosivo que arrojan los transatlánticos italianos sobre el puerto de Buenos Aires». Y si los italianos eran el gran rival, y por lo tanto alguna consideración le merecían, los exóticos centroeuropeos, armenios y sirios que experimentaban auténticas dificultades para hablar castellano solían ser despachados de modo displicente como «pobres gentes oscuras, miserables; apenas se les siente, y se contentan con muy poca cosa»²⁸.

28. J.M. Salaverría, *Tierra Argentina. Psicología, tipos, costumbres, valores de la República del Plata*, Madrid, Librería de Fernando Fé, 1910, pp. 160-165 y 168.

No obstante, y quizás sin pretenderlo, Salaverría se hacía eco del generalizado temor reinante entre las élites inmigrantes españolas y una parte de las argentinas frente al peso de la inmigración italiana. Y, asimismo, no podía ocultar su complejo de inferioridad frente a la supremacía cultural transalpina. Es más, en sus invectivas contra los meridionales reproducía de modo simétricamente mimético las opiniones de la sociedad argentina acerca de los inmigrantes gallegos o cantábricos: avaros, ocupados en oficios humildes, poco proclives a permanecer en el país y asentarse en el interior. En el fondo, las élites inmigrantes españolas sentían *envidia* de los italianos, sobre todo en lo que respectaba a la acreditada mayor atención y protección que el Estado transalpino dispensaba a sus emigrantes, por no hablar del cuidado de la fe de los emigrantes que tomaban a cargo diversas órdenes y jerarquías eclesiásticas italianas²⁹. Y, asimismo, se temía la política propagandística de los gobiernos de Roma en la Argentina, sobre todo desde la subida del fascismo al poder, que amenazaría la pervivencia de la huella histórica de España en el Cono Sur. Por el contrario, el Estado español era acusado de no explotar debidamente las potencialidades de sus colectividades de emigrantes en América como posibles cabezas de puente de la *reconquista* espiritual y económica del Nuevo Continente³⁰.

Frente a la “invasión” itálica, cabía apelar, en primer lugar, a la exaltación del origen común y del vínculo idiomático común entre españoles y argentinos. Aunque los italianos, y con ellos franceses, “turcos” o “rusos”, fuesen superiores en número, todos ellos se veían obligados a aprender el castellano, mientras los españoles, *teóricamente*, no³¹. El periodista y escritor gallego inmigrante en Argentina por un tiempo José Costa Figueiras reproducía esa creencia en su novela *La sugestión de América* (1919), cuando describía la complacencia que producía en el protagonista, inmigrante gallego recién inmigrado a Buenos Aires, el espectáculo de escuchar la Babel humana de las calles porteñas, y particularmente los vendedores que hablaban con esfuerzo «un castellano exótico, descoyuntado, inverosímil». Ello demostraría, a sus ojos, que «la tur-

29. Cfr. A. Castroviejo, *Pro “Hispanica Gens”*, Madrid, Impr. de la Revista de Archivos, 1912. Sobre la atención de la Iglesia y las órdenes religiosas italianas entre los emigrantes a América, cfr. G. Rosoli, *Insieme oltre le frontiere. Momenti e figure dell’azione della Chiesa tra gli emigrati italiani nei secoli XIX e XX*, Caltanissetta-Roma, Salvatore Sciascia Editore, 1996.

30. Cfr. J.R. Lence, *La influencia española en América*, “Correo de Galicia”, 30 enero 1927, p. 1.

31. Y decimos *teóricamente* porque, de hecho, la mayoría de los inmigrantes españoles en la Argentina, compuesta de gallegos, vascos y catalanes, no tenía el castellano como lengua materna, siendo su alfabetización en dicho idioma limitada, y su competencia lingüística activa inicial en castellano también imperfecta, como muestran numerosos testimonios.

ba de emigrantes, la cohorte de luchadores de todas las razas no podía en América evadirse de aprender el castellano so pena de no poder ganarse la vida»³².

Defender la ascendencia hispánica del pueblo argentino también implicaba la elaboración de un estereotipo invertido del propio criollo, que permitía defender las virtudes del pueblo argentino frente a toda crítica externa o interna. Pues los defectos y virtudes atribuidas comúnmente al criollo serían interpretadas, ni más ni menos, como derivaciones más *jóvenes* y *dinámicas* de los rasgos más nobles del carácter hispánico. De ese modo, polemizando con el periódico “El Nacional” de Dolores, el pro-socialista “El Despertar Gallego” rebatía en 1906 que los argentinos fuesen haraganes, descuidados, perezosos y poco constantes, frente a la supuesta superioridad de los pueblos anglosajones y germánicos. Por el contrario, los argentinos se caracterizarían por su «descuidado desprendimiento» del dinero, opuesto a la «tacañería de los pueblos viejos», por su «altanería varonil» que nivelaba las jerarquías sociales internas, y por su generosidad innata. Virtudes todas ellas propias de una «raza joven heredera de la clásica caballería romántica del carácter español», que nada tenía que ver con pueblos metódicos, obedientes, y por ello mercantilistas y militarizados³³. Y es que el *auténtico* carácter nacional argentino sería una continuación del «alma de la raza, es decir, la obra española», de acuerdo con Manuel A. Bares, quien por ello lamentaba la afluencia de «capas de emigración heterogénea» que pudiesen hacer desaparecer aquella *benigna* herencia hispánica³⁴. Incluso, tipos característicos del mundo urbano porteño como el *compadrito* eran considerados por Salaverría en 1918 como una degeneración del sano *chulapo* madrileño propio de zarzuelas y comedias, debido al *pernicioso* influjo de los inmigrantes italianos³⁵.

Crucial en ese mantenimiento de los rasgos hispánicos habría sido la mujer argentina. Según el mismo Bares, aquélla, descendiente del tipo antropológico de mujer hispano-árabe, sería el nexo que, al margen de los combates del pasado entre criollos y españoles, reconciliaría a ambos elementos³⁶. Algo semejante afirmaba años después, en las páginas del semanario “Correo de Galicia” un exitoso inmigrante gallego, destacando el paralelismo entre el sentimentalismo español y el argentino, y par-

32. J. Costa Figueiras, *España en ultramar. I. La sugestión de América*, Barcelona, Ramón Sopena Ed., s.f. [1919], pp. 222-223.

33. *En defensa de los argentinos*, “El Despertar Gallego”, 24 marzo 1906, p. 1.

34. M.A. Bares, *Los sermones del padre Gonzalo*, Buenos Aires, Talleres Gráficos, 1907, p. 11; Id., *Los últimos días del Cabildo* [1889], en Id., *Prosa (colección de artículos)*, Madrid, Tip. de E. Jaramillo y Cía, 1889, pp. 183-188.

35. J.M. Salaverría, *El poema de la pampa. “Martín Fierro” y el criollismo español*, Madrid, Calleja, 1918, pp. 72-73.

36. M.A. Bares, *La mujer argentina* [1888], en *Prosa...*, cit., pp. 158-168.

ticularmente la afinidad de carácter existente entre la mujer argentina y la española:

Se mantiene en el país ese sentimentalismo racial español que con todo y el cosmopolitismo de todas las razas que aquí conviven, no se ha podido ni podrá desterrarse del alma del pueblo argentino y sobre todo sus mujeres, nobles, generosas, caritativas, inteligentes, delicadas y con grandes virtudes, aunque con defectos corregibles [...] la hidalguía española y sus hogares ejemplares, tienen en la Argentina una prolongación y continuación, en lo que respecta a la mujer sobre todo³⁷.

Posiciones como ésta abrían la vía para el argumento que unos años después será constantemente esgrimido por las élites de la colectividad española: que los inmigrantes procedentes de España, y sobre todo de Galicia, serían los que más habrían contribuido a la “reespañolización” en el sentido cultural y lingüístico de Buenos Aires, que amenazaba con convertirse en una ciudad italiana. Lo que era tanto como volver a la auténtica esencia de lo criollo. En virtud de ello, los argentinos tendrían que saber disculpar la escasa cualificación laboral de esos nuevos inmigrantes. En marzo de 1933, el presidente del Centro Gallego recordaba cómo desde fines del siglo XIX, en una cosmopolita Buenos Aires donde «determinado idioma extranjero se estaba imponiendo» sin que la población criolla pudiese contrarrestar semejante «ola arrolladora», la arribada masiva de inmigrantes gallegos cumplió la función de garantizar que en la capital argentina «se sigue hablando y sintiendo en español». Sin embargo, para ello Galicia había tenido que despoblarse y volcar «sobre esta esplendorosa ciudad la flor de sus muchedumbres y lo más animoso de su juventud», mandando a la Argentina también a «los humildes, los aldeanos analfabetos, sin preparación para empresas de gran categoría, que fueron sirvientes y changadores»³⁸.

La defensa de ese argumento también suponía inmiscuirse indirectamente en el debate intelectual y publicístico que ocupó buena parte de los desvelos de la intelectualidad y la clase política argentinas de principios del siglo XX: las supuestas bondades y superioridades de la inmigración italiana frente a la española. El director de “Correo de Galicia”, así, alababa en 1924 a Carlos Néstor Maciel, autor del libro *La italianización de la Argentina*, donde se denunciaba el *excesivo* influjo transalpino en el país austral; y, de paso, condenaba la italo filia e hispanofobia declaradas del intelectual nacionalista argentino Leopoldo Lugones, al tiempo que insistía en que la auténtica esencia y tradición nacional ar-

37. *Los gallegos representativos en la Rep. Argentina*. Don José Caneda, “Correo de Galicia”, 16 junio 1929, p. 3.

38. *Merecido homenaje*, “Galicia. Revista Oficial del Centro Gallego”, marzo 1933, p. 5.

gentina sólo podía encontrarse en el reverdecimiento de la herencia hispánica³⁹.

No obstante, como en todo proceso de generación de identidades etnoculturales y de elaboración de estereotipos, el surgimiento de imágenes del *otro* traducía una realidad más compleja de convivencia y contacto laboral cotidiano, de interacción mutua y de complicidades al mismo tiempo que rivalidades. Dentro de esa polifacética realidad, en numerosas ocasiones las relaciones mutuas eran de abierta competencia, pero de doméstica conflictividad, casi *familiar*. Ya desde principios de siglo aparecen con alguna frecuencia – si bien no de modo sistemático – en la prensa gallega de Buenos Aires diversos lamentos sobre la supuesta complicidad de los inmigrantes italianos en promover los chistes o estereotipos étnicos negativos acerca de los gallegos, como modo también de ofender a los inmigrantes españoles en general, acusando a aquellos de utilizar el gentilicio despectivo *gayegos* (con pronunciación porteña) para denigrar al conjunto de los inmigrantes hispánicos⁴⁰. De ahí que, de modo disperso pero casi omnipresente, sean detectables en la prensa y en la publicística española de Buenos Aires esporádicas alusiones despectivas hacia los inmigrantes italianos, el gran competidor.

Aunque en la prensa o en los discursos públicos no solían aparecer descalificaciones frontales de los competidores italianos, más bien todo lo contrario, aquéllas sí surgían en los relatos literarios o pseudoliterarios. En ocasiones, el papel otorgado a los inmigrantes italianos en obras de ficción o autobiografías seminoveladas es burlesco, presentándolos como simpáticos haraganes, trabajadores en oficios imaginarios y amantes de la poesía futurista, cuando no locos inofensivos⁴¹. O bien bajo un prisma moderadamente desfavorable, que incidía en la comparación desventajosa del personaje italiano frente a los criollos y españoles⁴². Otras

39. *La italianización de la Argentina. Un asunto interesante*, “Correo de Galicia”, 5 octubre 1924, p. 1. Cfr. C.N. Maciel, *La italianización de la Argentina: Tras las huellas de nuestros antepasados*, Buenos Aires, Librería de Jesús Menéndez e Hijo, 1924. El autor apelaba a la *afinidad racial* entre argentinos y españoles, que favorecería la “fusión natural” de estos últimos en el regazo de la nación argentina, mientras los italianos, además de constituir una amenaza por los *deseos imperialistas* de Roma, suponían un peligro por su incapacidad para la asimilación.

40. Cfr. varios ejemplos en J.C. Moya, *op. cit.*, pp. 319-320; o en F. Grandmontagne, *Los inmigrantes prósperos* [1933], Madrid, Aguilar, 1944, pp. 154-155.

41. Por ejemplo, los italianos Carpino y Farniente, miembros de la peña *Los nueve inmortales* de Villa Bengolea (Avellaneda) y amigos del trabajador gallego Bueiro, en el relato de Domingo Cubeiro *Tripas*, “Céltiga”, 10 septiembre 1926, s/p; o Cayetano Parlato, joven calabrés convencido de las virtudes curativas de la medicina naturalista y único personaje italiano que aparece en los recuerdos de J.R. Lence (*Memorias...*, cit., pp. 285-286).

42. Cfr., por ejemplo, el personaje del diplomático italiano en el trasatlántico de vuelta a Buenos Aires que retrataba el periodista gallego inmigrado en la Argentina

veces, sin embargo, la imagen con la que se asocia a los inmigrantes italianos roza lo canallesco. Así acaece en la autobiografía novelada del escritor y periodista ourensano residente en Buenos Aires Luis Sánchez Abal, titulada *Unos años de emigración en Buenos Aires* (1917). En esta obra, el único personaje italiano que interviene resulta ser el «rechoncho y simiesco», además de «plebeyo» marido de la antigua novia en Galicia del protagonista, que la convierte de nuevo en su amante hasta que el italiano, enterado del lance, le desfigura la cara a su mujer con un frasco de vitriolo⁴³.

Igual actitud frente a los italianos revelan los apuntes autobiográficos novelados de Manuel Rodríguez Méndez, asturiano occidental gallegófono emigrado a Buenos Aires a comienzos del siglo XX, donde empezó trabajando como dependiente en un comercio, y publicados por entregas en 1926. En ellos describía con detalle los desprecios y burlas sufridos a manos de los dependientes italianos que trabajaban en el mismo establecimiento, además de las vejaciones que le infligía el propio patrón, hijo de genoveses. El protagonista del relato, Pepín – trasunto del propio autor – debía sufrir constantemente no sólo la nostalgia y la soledad, sino también el estigma, para él aún más incomprensible por ser administrativamente asturiano, de ser llamado *gayego*, a pesar de que su dominio del castellano era aceptable:

[Pepín] sabía falar bastante ben o castellano, pró nin con eso podía evitar c'os mal nacidos e peor criados se risen e burlasen d'él, arromendándoll'e motexándoo de 'galleguito'; burlas y ensultos q' eran cousa de tódol'os días e proferidas, especialmente, por criollos e italianos, grandes e pequenos, e sin ter, en ningún momento, quen sas sacara por él; nin poder el mismo defenderse porqu' o patrón [era] un criollo, fillo d' italianos, de genoveses, de 'gringos'.

Y era que, según seguía rememorando el protagonista, los italianos acostumbraban a señalar a los gallegos como objetivo de sus burlas para encontrar un *otro* al que oponerse, pese a que no ocupasen mejores puestos laborales:

Leopoldo Basa en su novela *El premio*, Madrid, Impr. Hijos de M.G. Hernández, 1915, pp. 78-81.

43. L. Sánchez Abal, *Unos años de emigración en Buenos Aires*, Buenos Aires, Rosso, 1917, pp. 38-41. Aurelio Monterrey descubre en una velada festiva gallega a su antigua novia en Galicia Marcela, quien se había casado con un italiano amigo de su familia «porque tiene algún dinero». Aurelio y Marcela se convierten en amantes, ya que Marcela odia a su marido. Todo acaba cuando el italiano sospecha que su mujer le engaña, y resuelve desfigurarle la cara con un frasco de vitriolo. La sentencia del marido, expresada en una cómica mezcla de italiano y castellano, concluía: «E bueno, mia donna. Secáte la lágrima. Il tuo corpo nada sufrió e comoio solo aporto in casa por la note».

sin motivo qu'eu vexa, os italianos [...] non poden 'tragar' os 'gallegos' [...] e non perden ocasión de ferilos no amor propio, sea con frases feitas de mal gusto, sea conceptos despreciativos, ni mais ni menos como s' eles foran algo superior (miñas xoyas)⁴⁴.

Más expresivo aún es el lugar que ocupan los inmigrantes italianos, al lado de los mismos criollos y hasta de los indios, en las novelas del escritor y periodista gallego en castellano Nicasio Pajares (1881-1956). Antiguamente emigrante en la Argentina, en este país trabajó de vendedor ambulante, campesino y periodista, y mostró simpatías filioanarquistas, para posteriormente convertirse al republicanismo de izquierda y volver a la Península hacia finales de la segunda década del XX⁴⁵. Pajares, desencantado de su experiencia migratoria en el Río de la Plata, transmitió en sus obras una amarga y crítica visión de la realidad social y política de la Argentina y de los países sudamericanos en general, además de un indisoluble desprecio racial por indígenas, mulatos e italianos⁴⁶. Se aprecian claramente estas constantes en su obra *El conquistador de los trópicos* (1923), donde se narra la *odisea* sudamericana del gallego Ulises Yáñez Quintanilla, que bien pudiera ser un trasunto del propio autor. Apenas llegado a Buenos Aires con ideas fantásticas sobre lo que le esperaba («chozas de bambú, negros medio desnudos, unos hombres misteriosos y galopantes a quienes había oído llamar gauchos»), Ulises es recibido primero de forma un tanto hostil por varios grupos de niños, y después por un inmigrante italiano que le aborda en plena calle. Caricatura típica del napolitano en el teatro popular porteño, un hombre gordo,

44. M. Rodríguez Méndez, *O sono da América*, memorias noveladas reproducidas por entregas en "Boletín Oficial del Centro Gallego de Avellaneda", febrero 1926, pp. 9-10; marzo 1926, pp. 6-7; abril 1926, pp. 6-7, y junio 1926, pp. 6-7.

45. Agapito Francisco Nicasio Pajares Ogeros, natural de Padrón (A Coruña), emigró a los 14 años a Montevideo, junto de su tío Vicente Pajares, coronel del ejército uruguayo. Retornó a Padrón, y posteriormente volvió a emigrar a América, donde empezó a colaborar en semanarios anarquistas e independientes. En 1906 fue detenido en el transcurso de su viaje a España por hacer propaganda del anarquismo en el buque, aunque fue liberado al poco tiempo. Retorna de nuevo a Buenos Aires, donde se convierte en propagandista del republicanismo. Colaboró en las revistas "La Esfera", "Nuevo Mundo" y "Mundo Gráfico", así como en las argentinas "Argentino" y "Fray Mocho". A partir de 1920 se establece en Madrid, donde reside hasta su muerte en 1956. Para un perfil biográfico de este personaje, y pese a los numerosos errores factuales, véase J.M. de Prada, *Desgarrados y excéntricos*, Barcelona, Seix Barral, 2001, pp. 189-221.

46. De hecho, las referencias despectivas hacia los negros (una minoría en el Río de la Plata en aquella época, pues eran el 2% de la población argentina en 1887, y en 1895 sólo quedaban 454 personas de ese color en toda Argentina) no están ausentes de los escasos testimonios autobiográficos de inmigrantes españoles de la segunda mitad del siglo XIX que llegaron hasta nosotros.

«de ancha carota rezumante, nariz enrojecida, bigote rubio, muy retorcido, y abdomen potente», con un sombrero hongo minúsculo, el italiano le tributa un discurso de bienvenida en cómico *cocoliche*:

¡Desime, ché, gayegue!... ¿A qué venise vos aqui, si éste no es tu páis? Nosotros, l'argentino e l'italiani, estamos a nuestro páis, que descubrió Cristóforo Colombo, ¿sabés? ¡Mándate mudar a l'España porca, gayegue!

Como seguía narrando el autor, el inmigrante Ulises, pese a no entenderle muy bien, comprendió lo que le esperaba en aquel país. Y desde entonces se engendró en él, incluso, un contraprejuicio que iría creciendo con los años: «una repugnancia invencible hacia las turbas itálicas de América, por toda la “gringada” aulladora, teatral y ridícula», hasta el punto de que tanto los italianos como los criollos que conoció después pasaron a ser considerados por él como una «prole, externamente refinada, de aquel hombre iracundo y sebáceo, con olor a tallarines mal digeridos, que le insultó sin motivo». Pues en el imaginario particular del joven inmigrante todo lo negativo que existía en la Argentina pasó a deberse (de modo matizadamente racista y reviviendo prejuicios de antiguo conquistador) al mal influjo de italianos, restos indios y hasta negros, que habrían malogrado la herencia positiva de los *benignos* conquistadores españoles, con el consentimiento tácito de los comerciantes e importadores que conformaban la élite de la colectividad galaica y española, así como de los propagandistas del hispanoamericanismo, aludidos irónicamente como “estrechadores de lazos”:

En el fondo de cada uno de los componentes de esta ‘gringada’ – pensaba ahora Yáñez – hay siempre el tenor de ópera o el cetrino y ceñudo tañedor de mandolina que, después de la romántica serenata al “Chiaro di Luna”, obsequia con una puñalada a la madre, porque no le da para beber unas copas y jugar a la ‘morra’ [...]. La gloriosa trinidad doctoral de la indiada, la negrada y la gringada es la que hace intolerables, inhospitalarias, estas anchas y fecundas tierras para los que descendemos de los hombres que con su sangre y con su espíritu, las han conquistado y civilizado. Estas ideas no penetran jamás el cemento armado craneano de los importadores de pimientos, embutidos y sardinas, y de los cursis ‘estrechadores’⁴⁷.

En *El pensador en la Selva* (1925), su siguiente novela, Nicasio Pajares incidía nuevamente, y de modo aún más lacerante, en su caricaturización de los competidores italianos a través de las prédicas de un supuesto “filósofo” inmigrante gallego muerto en América, Francisco Fernández

47. N. Pajares, *El Conquistador de los Trópicos*[1923], Madrid, s. e., 1932 (“Revista Literaria. Novelas y Cuentos”, n. 193, 11 septiembre 1932).

Sinsegundo, trasunto irónico de Francisco Fernández (filósofo tudense del siglo XVI). Éste reproducía semejantes tópicos a los expresados por Ulises Yáñez: desprecio matizado hacia la cultura criolla y hacia mulatos y negros; denuncia de la hispanofobia latente en la opinión pública argentina; y, sobre todo, ridiculización de los inmigrantes italianos (aludidos despectivamente como *gringada*) y en menor medida de los hijos de italianos, aludidos constantemente con el apellido Farabutti (deformación del italiano *farabutto*: desleal, ruín). La inmigración italiana estaría aliada con indios y mulatos para interrumpir la «influencia espiritual» de España en América, desprestigiando a la inmigración española y, particularmente, el aporte gallego. Haciendo uso de argumentos eugenéticos en clave irónica, el “filósofo” Fernández Sinsegundo llegaba a afirmar que las causas del odio contra los españoles en la Argentina serían «cuestión de sangre, de sangre gorda y de pigmento cutáneo», y que deber de los inmigrantes ibéricos sería luchar sin descanso contra la «estupidez del indio, la fatuidad del negro y la maligna estulticia del gringo. ¡No debemos dejar que se apague la llama de la raza en este Continente!». Y es que a indios y negros se vino a añadir como elemento corruptor la inmigración italiana y, en menor medida, francesa:

la lavadura del conde Farabutti, que vino de Nápoles, donde vendía repollos, tocando la mandolina, y de *monsieur* Durand, peluquero de señoras, algo celestinesco, ropavejero o prestamista.

En Montevideo acaecería algo semejante: la mayoría de los «literatoides, poetastros, políticos y conferencistas de nueva hornada» uruguayos no serían otra cosa que integrantes de la misma «progenie *farabuttiana*», compuesta por los descendientes de italianos y franceses:

Son los descendientes del gringo Luigi, expendedor de zanahorias en el Mercado del Puerto o del gringo Betinotti, vendedor ambulante de *masitas*, o bien de *Monsieur* Lapetite, *gros marchand* en trapos y botas viejas [...]. Las gentes de la ciudad vieja [de Montevideo] son lo selecto de la ciudad. Lo demás es el feudo de Luiggis, Betinottis y Lapetits.

Y para que nada quedase en pie, los políticos uruguayos también serían despreciables por pedantes y por estar obsesionados con «la *Fransia*».

Pero el retrato del denominado “Farabutti, literato”, es decir, de lo que podríamos denominar la elite dirigente y competidora de la colectividad transalpina, a menudo compuesta de hijos de inmigrantes italianos que habían ascendido socialmente merced a su formación universitaria, era todavía más sarcástico. Si todo italiano residente en el Río de la Plata parecía a Fernández Sinsegundo ser «un tenorino de opereta», lo que po-

dríamos denominar la élite dirigente de las asociaciones italianas venía a resumirse en el personaje del *doctor Farabutti*:

joven trepador, doctorado en La Plata, ‘cantinflero’ vitalicio, pendenciero, zafío y atildado, xenófobo furibundo de la pintoresca falange discursante y ‘manifestante’ titulada ‘Progenie de l’Italia’.

La descripción que el filósofo gallego hacía de un discurso en *cocoliche* en favor de la italianidad de origen de Colón por parte del caricaturizado doctor Farabutti en una asociación italiana resumía bien a las claras los tópicos circulantes entre los gallegos alrededor del carácter colectivo de los italianos, particularmente de los meridionales:

Cierta tarde me colé, por curiosidad, en el local de una de esas sociedades orfeónico-tallarinescas, titulada “Cristóforo Colombo”. Estaba el local lleno de gente. Al entrar percibí al instante, insoportable, el denso olor a ‘brodo’ mal digerido. Olía a gringo de la Boca del Riachuelo. Leía un joven atildado, rasurado, gordito, casi congestionado, con un *yaquet* irreprochable [...]. Leía con entusiasmo el joven Farabutti, periodista y literato [...] una ‘conferencia’, en que, con argumentos calabreses, defendía hasta el paroxismo la tesis de que Cristóbal Colón era de Génova, pero nunca de Pontevedra.

«*Dobe istá Pontevedra? Dóbe si trova qüesta citá dey gayegui morti di fame? [...] Noialtri doviamo fare, coi gayegui di Buenos Aire, che díceno che il nostro Cristóforo Colombo fú nato a la porca Pontevedra; doviamo fare, cari italiani, una masa di polenta con la sua sangüine!...Eviva l’Italia! Eviva il nostro Cristóforo Colombo! Eviva la progénie d’Italia! ¡¡Viva la patria argüentina!!...»*

Esta arenga del literato Farabutti, fue contestada con un ¡¡Eviva!! tremebundo, retumbante, épico, que brotó de trescientos abdómenes plenos de *tallarines*, *gnochis*, *capelettis* y demás pasta farinácea y densa, alimento de estas gentes.

Cuando la presencia de Fernández Sinsegundo fue descubierta por el *doctor Farabutti*, éste fijó en él «desorbitados, siniestros, unos ojos negros que bramaban odio, y una faz, cetrina y barbada, que, mordiendo con furia canina el dedo índice de una mano negra y sarmentosa, me echaba a la cara el vaho denso de unas fauces de fiera», gesto con el que los calabreses simbolizarían «su odio feroz y vengativo». Después de que el gallego y el calabrés se encarasen, el encuentro se saldó con un *Eviva l’Italia!* por parte del *doctor Farabutti*⁴⁸.

48. N. Pajares, *El pensador en la selva (La indiada, la negrada y la gringada de las Repúblicas del Plata). Ideas, impertinencias, diatribas, extravagancias y fantasías del pensador celtíbero Don Francisco Fernández Sinsegundo, fallecido en América*, Madrid, Ed. Páez, s.d. [1925], pp. 141-149, 157-160.

Los descendientes de italianos no salían mejor parados en la pluma de Nicasio Pajares. Y es que según el mismo filósofo Fernández Sinsegundo existiría una gran diferencia entre «el hijo del Farabutti emigrado y nuestros selectos e ignorados exploradores celtas». Hasta el punto de que, según narraba en la anécdota del hijo *tenorio* del Farabutti emigrado a Uruguay, su mujer recién casada preferiría ser poseída por la fuerza por un gallego antes que por un itálico⁴⁹. De modo semejante, en la novela *Atorrántida* (1929), del mismo Pajares, el personaje hijo de italianos, de nombre «Rodolfito Farabutti [...] quinta esencia de la hibridez, del mestizaje que impera en el país de las cuadras» y con «levadura de la operetesca gringada italiana», además de presidente de la sociedad ocarinística italiana Giuseppe Garibaldi, «una de esas múltiples “sociedades” que saturan de olor a tallarines el ambiente de la urbe de las cuadras», es el pretendiente no correspondido de la hija del criollo bueno Juan Piedrabuena. Éste se erige en protector de un multinacional grupo de *atorrantes* (mendigos) entre los que no hay ningún italiano y sí un hidalgo gallego republicano y librepensador, José María de la Hermida y Aguasantas (probable trasunto del estafalario hidalgo José de la Hermida y Castro, primo de la poetisa galaica Rosalía de Castro), quienes planean fundar una colonia (*Atorrántida*) en la Patagonia. Protector y criado al tiempo de Hermida es un inmigrante gallego analfabeto, Faustino Castiñeiras, «celta sanchopancesco y servicial, pequeño, obeso, cetrino», guardia de parques y jardines en Buenos Aires que, a diferencia del hidalgo, habla una mezcla de gallego y castellano con abundantes confusiones léxicas y fonéticas. En un momento dado de la novela, se produce una suerte de enfrentamiento simbólico entre el arrogante Farabutti y el hasta entonces humilde Castiñeiras: el primero le llama «gallego de m...», a lo que Castiñeiras (aconsejado por el hidalgo) osa replicarle, por primera vez frente a una ofensa de ese tipo durante su estancia en Buenos Aires, que «ya quisiera usted ser m... de gallego», desobedeciendo las órdenes de Farabutti. A continuación, amenaza al italoargentino con un bastón, le quita toda capacidad de reacción y demuestra que su valor, a diferencia del de Farabutti, no es «puramente verbal». Ahí estaría la sublimación de la venganza simbólica del «inmigrante celta» sobre el italiano⁵⁰.

Esa rivalidad simbólica italo-hispánica, según recogía de modo idealizado Costa Figueiras, se pretendía trasplantar de modo idealizado a la segunda generación de inmigrantes hijos de españoles, quienes harían bandera de su origen español y llegarían idealmente a enfrentarse con las enseñanzas antihispánicas recibidas en la escuela pública argentina. De este modo, en su novela *La sugestión de América* (1919) el hijo de un

49. N. Pajares, *El pensador...*, cit., pp. 167-168.

50. N. Pajares, *Atorrántida. Novela Romántica*, Madrid, Sociedad Gral. Española de Librería, 1929, pp. 35, 89, 180-181, 193.

emigrante gallego, Antonio, se enfrenta a un maestro italiano (llamado «el doctor Fianacca») por ordenarle quitar de su solapa una insignia con la bandera española, y porque aquél osó afirmar en el aula que España era el país del atraso. Antonio le replica que los únicos argentinos legítimos eran los españoles, y que además los independentistas de la revolución de mayo de 1810 sólo habían sido españoles rebeldes que querían recrear en el Río de la Plata una España mejor, haciéndose eco de la peculiar interpretación historiográfica por aquel entonces tan en boga entre las élites de la colectividad:

Los españoles han hecho la independencia argentina. Los fundadores de la República eran españoles disidentes. Rebeláronse para hacer una España mejor, más libre. Los extranjeros aspiran a falsear la obra. ¡Viva España!

Después de recibir la adhesión de otros hijos de gallegos y catalanes, la clase se divide entre niños proespañoles y antiespañoles, y el doctor Fianacca abandona el aula. Y cuando un hijo de italianos osó tímidamente reivindicar la categoría del idioma de Dante, otro compañero, hijo de catalanes, le replicó de modo despectivo: «¡L' italiano, l' italiano! ¡Bah! L'italiano es aquí el idioma oficial de los barrenderos». Todo ello hacía brotar en el protagonista del relato, un trasunto hidalgo del propio Costa Figueiras, la admiración por el españolismo de los emigrantes en la Argentina, en cuyos hogares «España tenía un altar. Los hijos de los españoles sin España, imponían a la turba extranjeril, altivamente, el santo respeto a la patria fundadora»⁵¹.

Cuestión más problemática es calibrar el grado de impregnación social de esas imágenes y mensajes entre el común de los inmigrantes ibéricos. Es preciso no olvidar, además, que la convivencia entre españoles e italianos también creaba espacios en los que surgían intereses comunes. Así se manifestaba en la colaboración de trabajadores españoles e italianos en los movimientos obreros latinoamericanos⁵². Las relaciones diarias en el lugar de trabajo y la participación en objetivos laborales más o menos comunes contribuirían asimismo a forjar una cierta corriente de simpatía y colaboración; y las disensiones cotidianas con los italianos no parecían ser mucho mayores de las que surgían con frecuencia, ponga-

51. J. Costa Figueiras, *op. cit.*, pp. 259-263.

52. Cfr. para una perspectiva general D. Gabaccia, *Clase y cultura: Los migrantes italianos en los movimientos obreros en el mundo, 1876-1914*, "Estudios Migratorios Latinoamericanos", 1992, n. 22, pp. 425-451. Un clásico estudio de confrontación de diferentes colectivos inmigrantes latinos dentro de un mismo ámbito laboral (la ciudad tabaquera de Ybor, en Florida), así como del surgimiento de una cierta conciencia de "latinidad", en G.M. Mormino, G. Pozzetta, *The Immigrant World of Ybor City. Italians and their Latin Neighbors in Tampa, 1885-1985*, Urbana/Chicago, University of Illinois Press, 1987.

mos por caso, entre dependientes de comercio gallegos y asturianos cuando trabajaban en el mismo establecimiento, trasladando a la Argentina y al lugar de trabajo la tradicional rivalidad interregional de la península⁵³. Es más, en otro pasaje de su relato autobiográfico, el antes aludido Rodríguez Méndez señalaba cómo, cuando fue a visitar a un co-terráneo que trabajaba en la calle Comercio, pudo descubrir para su sorpresa que su antiguo convecino compartía habitación con dependientes italianos en aparente buena armonía y respeto mutuo, lo que contrastaba con lo que acaecía en su propio comercio⁵⁴.

Lo mismo ocurría con las relaciones de vecindad dentro de los mismos barrios, especialmente en aquellos donde convivían en los mismos *conventillos* y edificios españoles, italianos y otras nacionalidades; y en general en las relaciones dentro del espacio laboral, como muestran varios ejemplos conocidos⁵⁵. Tal vez porque existía más proximidad de experiencias e inquietudes, más allá de las diferencias culturales, entre los inmigrantes de diversos orígenes que entre los inmigrantes y los argentinos. Como recordaba una inmigrante nacida en Rianxo (A Coruña) en 1909 y llegada a Buenos Aires en 1926, en el *conventillo* de la céntrica calle Defensa donde vivía «éramos una mezcla: españoles, italianos, correntinos. Pero yo me llevaba bien con todos»; y pese a vivir en un mundo encapsulado puertas adentro de su casa, donde «seguíamos hablando en gallego y en mi casa se comía pescado, el cocido [...] y todas las comidas de allá», las amistades siempre se tejieron con inmigrantes españolas o italianas, antes que con argentinas: «podíamos entendernos de otra manera, más sentida»⁵⁶. Incluso, no falta algún testimonio que muestra la participación de inmigrantes italianos, compañeros de trabajo de españoles, en las pequeñas manifestaciones que, «bajo el calor de unas copas», salían en 1898 por la Avenida de Mayo a gritar *¡Viva Cuba española!*⁵⁷. Si esto era así en la capital, las

53. Un testimonio de las rivalidades interregionales entre dependientes de comercio gallegos y asturianos dentro del lugar de trabajo, que en alguna ocasión acababan a bofetadas, en los recuerdos del antiguo emigrante gallego en Buenos Aires entre 1926 y 1935 Bieito Fernández (1909-1999). Cfr. “A Nosa Terra”, 25 septiembre 1997, p. 9.

54. M. Rodríguez Méndez, *op. cit.*

55. Así, el después líder galleguista en Montevideo Antón Crestar (1896-1985) recuerda en sus memorias cómo llegó a forjar amistad con sus compañeros de trabajo italianos, gracias a que él era el único alfabetizado, y por tanto podía leerles a aquellos en voz alta los periódicos escritos en italiano (reproducido en C. Sixirei, *A emigración*, Vigo, Galaxia, 1988, p. 208). Casos semejantes de connivencia y convivencia entre trabajadores anarquistas españoles e italianos eran retratados por el periodista Julio Camba en su relato de contornos autobiográficos *El Destierro* (reproducido en “El Cuento Semanal”, Madrid, 25 octubre 1907), o de modo menos explícito por el también anarquista Claro José Sendón en su novela *Amor que se afirma*, Barcelona, La Revista Blanca, 1934.

56. Cfr. C. Sampedro, *Madres e hijas. Historias de mujeres inmigrantes*, Buenos Aires, Planeta, 2000, pp. 106-107.

*española!*⁵⁷. Si esto era así en la capital, las relaciones sociales entre españoles e italianos en poblaciones del interior rural de la provincia bonaerense, donde los contingentes de cada nacionalidad eran más reducidos y la exogamia más apreciable, también acostumbraban a ser de estrecha colaboración, aunque entre las élites de las comunidades inmigrantes menudeasen las reyertas simbólicas⁵⁸. En la localidad bonaerense de Olavarría, por ejemplo, los inmigrantes italianos coadyuvaron a la construcción del edificio social de la Asociación Española de Socorros Mutuos (AESM) en 1890; y varios inmigrantes españoles participaban en las actividades de la colectividad transalpina local, movidos por lazos de vecindad y parentesco. Era el caso, por ejemplo, del artesano y músico Peregrino Noya, quien en 1884 pronunció el *Voto de felicitación a la Colonia Italiana en Olavarría por los españoles*, escrito con algunos rasgos de cocoliche, en conmemoración de la festividad garibaldina del veinte de septiembre⁵⁹.

Esa realidad también tenía su reflejo en las autobiografías noveladas, o en la literatura. En la novela *Don Marcelino*, obra del inmigrante Jorge Ferreiro, el protagonista gallego del relato acaba por casarse con una hija de italianos sin mayor problema ni tensiones aparentes⁶⁰. Y el exiliado galleguista Alfonso R. Castelao gustaba en los años cuarenta de ir a una peluquería italiana de la calle Belgrano, aunque le molestase que los barberos insistiesen en llamarlo *dottore*⁶¹.

Desde el lado italiano, los escasos testimonios localizados inciden en la misma dirección. En los lugares de trabajo, nos conventillos y en los barrios convivían sin mayor problema familias italianas y españolas. Pese a existir una cierta rivalidad cotidiana entre transalpinos y españoles más alta que entre cualquiera de ellas y otras nacionalidades inmigrantes, esas rivalidades eran pacíficas, y no impedían en absoluto una cordial relación. He aquí la rememoración de las relaciones entre su padre y un compañero de trabajo gallego por parte de un inmigrante italiano arribado en 1949, con trece años, a Buenos Aires:

Vi era una grande rivalità fra italiani e spagnoli, una rivalità che spesso finiva al bar o in trattoria, scambiandosi barzellette regionali. Era il caso di mio padre e Jesús. Era questo un galiziano [...]. Jesús e mio padre si scambiavano bar-

57. J.R. Lence, *Memorias...*, cit., p. 249.

58. Para el caso de Luján, cfr. D.N. Marquiegui, *La inmigración española de masas en Buenos Aires*, Buenos Aires, Cedeal, 1993, p. 97.

59. Cit. en A. Alonso da Rocha, *Los gallegos en Olavarría*, s.l. [Olavarría], Edición de autor, 2001, s/p.

60. J. Ferreiro, *Don Marcelino (Historia de un inmigrante)*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Américalee, 1972.

61. Cfr. Tacholas, *O meu coñecemento de Castelao*, reproducido en L. Pérez Rodríguez, *op. cit.*, p. 249.

zelle e sulle Langhe e sulla Coruña, molto particolari in quanto a connotazioni, riferimenti e linguaggio regionale, paesano. [...] Nessuno dei due capiva niente dell'altro. Tuttavia sembravano divertirsi moltissimo e davano fondo a tutto il loro repertorio di barzellette⁶².

Armónica convivencia. Éste era también, en el fondo, el mensaje que preferían filtrar también a largo plazo las élites institucionales y los principales órganos periodísticos del colectivo inmigrante: la fusión armónica de españoles (y, sobre todo, de gallegos) e italianos en el regazo acogedor de la Argentina. Pero reservándoles a los primeros, eso sí, la primacía o hegemonía simbólica y cultural, como matriz conformadora de la identidad del nuevo país austral. En la búsqueda de puentes de conciliación entre italianos y españoles en general pusieron un especial énfasis periódicos como “El Diario Español”, “Tribuna Española” y “Correo de Galicia”. Este último destacó repetidas veces su afecto por la colectividad itálica y su aspiración a «vivir en la mejor armonía con los italianos que aquí viven unidos a nosotros por la identidad de nuestros destinos y los dolores de nuestra emigración». Argumentos en los que también incidía el periodista regionalista gallego Xaquín Pesqueira, redactor del periódico porteño “La Nación”, desde “Tribuna Española” en octubre de 1919, al solidarizarse con los *arditi* de Gabriele d’Annunzio y su ocupación por la fuerza de Fiume, para gran regocijo de “La Patria degli Italiani”⁶³.

Estas aspiraciones a la armonía intercomunitaria, siempre y cuando existiese un previo reconocimiento de la dignidad de ambas partes, e igualmente un tratamiento digno y respetuoso de los argentinos hacia los gallegos y españoles, también se podían expresar en clave literaria. No por casualidad, el escritor y periodista gallego Roxelio Rodríguez Díaz cantaba a la solidaridad final entre gallegos (y españoles), argentinos e italianos en su obra teatral *Fogar bendito* (1923), estrenada en el Centro Gallego de Buenos Aires. Estebo, inmigrante recién llegado, después de haber tenido un incidente con un criollo que le había llamado «Gayego de porquería», entra en el Centro Gallego en búsqueda de su hermano. Allí se encuentra con el italiano Pascual, que no consigue entenderse hablando en su *cocolicheado* idioma con el gallegófono Estebo. Sin embargo, Pascual también es socio del Centro Gallego, pues él mismo y varios parientes suyos se habían casado con mujeres galaicas:

PASCUAL - ¡Quivis cuovis!... Non capisco...

62. Reproducido en V. Blengino, *Oltre l'oceano. Un progetto d'identità: gli immigranti italiani in Argentina (1837-1930)*, Roma, Edizioni Associate, 1990 [2ª ed.], p. 186.

63. Cfr. un resumen de los artículos de Pesqueira y de las loas de “La Patria degli Italiani” en *Italianos y españoles*, “Correo de Galicia”, 10 de octubre de 1919, pp. 1-2.

¿É amalato?
ESTEBO - ¿Eu mulato?
¡Mulato será o teu tío!
PASCUAL - Il tío lo tengo ayá
en Italia; ma un cuxino...
ESTEBO - Vaya a modo; non ensulte,
Qu' eso xa non llo consinto.
¡Cuchino será vostede!
PASCUAL - ¡Ma no! Senta: ío digo
que tengo un cuxino aquí
que s'ha hecho, come io,
socho del Chentro Gayego,
qu' é un Chentro molto lindo.
La mía molle é di Galicia,
y tamién la del cuxino;
y la súa molle y la mía
sono due molle, mi amico!...

El colofón llegaba cuando aparecía en escena Antonio, con un brazo vendado. Resultó ser o criollo que había ofendido a Estebo, y al que éste había pegado. Descubren entonces que son tío y sobrino. Antonio, arrepentido por haber ofendido a los gallegos, pide perdón a Estebo, quien también se disculpa por su proceder violento. Y, de paso, Antonio pone paz definitiva entre el gallego y el italiano. Argentina, simbólicamente, venía a reconciliar así diversos aportes. Y, del mismo modo que en varias obras del sainete porteño donde entraban en juego personajes inmigrantes, el mensaje final y casi moralizante consistía en la alabanza de la capacidad integradora del nuevo país, asentada sobre el pilar del respeto mutuo entre sus elementos integrantes: los criollos debían respetar a los extranjeros, y sobre todo a los españoles. Ello se simbolizaría en el cambio de vida que Antonio, hasta entonces un *compadrito* más, decide emprender, recuperando lo bueno que habría en la sangre de sus antepasados:

ANTONIO. - Desde hoy cambiaré de vida!
Y lo voy a demostrar
trabajando con esmero;
respetando al extranjero,
y haciéndome respetar.
Nunca fueron gente extraña
en mi patria generosa
Los hijos de la gloriosa
y noble tierra de España.

De mi patria es la aureola
el color del firmamento,
y en mis venas correr siento
la hidalga sangre española.

Por su lado, tanto Estebo como Pascual reconocen la capacidad asimiladora de la Argentina, así como su disposición a integrarse pacíficamente en su nuevo país, aportándole los frutos de su trabajo:

ESTEBO. - A min fôime de porveito
oxe esta leución tamén;
non meterme con ninguén,
o mantel-o meu direito.
Con cubiza traballar
n'estes campos venturosos,
onde tantos fillos nosos
alzaron o seu fogar.
N'aquela terra divina
de Galicia, meu filliño,
toda fala con cariño
da República Arxentina.
Non hay en tod'o chan noso
un lar, no val ou na serra,
que non teña pra esta terra
un recordo garimoso.

PASCUAL. - Anque nel'Italia bela,
Dal'Alpe al mar calabrese,
si ama cuesto paese,
e di lui tuto favela.
L'italiani e lli spañuoli,
come sía que un lli apeli,
siamo cui tuti frateli,
come péveri filluoli
in cuesta terra carina
de la nobile bandiera
que a nesuno é straniera,
¡la República Arxentina!⁶⁴

Como no podía ser menos, la obra finaliza con el canto de Antonio en honor del Centro Gallego, y a la bondad de «¡la República Argentina/patria de la libertad!».

64. R. Rodríguez Díaz, *op. cit.*, pp. 10-11.

Colón: ¿gallego o genovés?

Una de las estrategias utilizadas por la élite inmigrante española, y particularmente por la gallega, fue el recurso a la Historia para demostrar la importancia de la aportación hispánica a la historia de América, buceando en las aportaciones particulares de cada una de las colectividades regionales ibéricas. Para ello era preciso buscar mitos y episodios, sin embargo, que no entrasen en conflicto con las elaboraciones de la propia historiografía nacionalista argentina. De ahí que desde fines del XIX, publicistas catalanes y gallegos insistiesen en la participación de los inmigrantes catalanes y gallegos en los Tercios de Voluntarios constituidos para la defensa de Buenos Aires frente a los intentos anexionistas de la escuadra inglesa en 1806-07, como el Tercio de Gallegos o el Tercio de Catalanes: en ese episodio, españoles y criollos se batían contra un *otro* común, en este caso Inglaterra⁶⁵.

Otra estrategia consistió en la búsqueda de una suerte de genealogía común entre la colectividad inmigrante y el país de acogida, algo típico en los líderes étnicos de otras latitudes⁶⁶. Para ello, se reivindicó a todas aquellas figuras de la eufemísticamente denominada *emancipación* americana (eludiendo el más molesto término de independencia) que tenían origen español, o de las diversas colectividades regionales. Ello, de paso, suponía para la élite inmigrante un medio de afirmar su prestigio social, y del conjunto de la colectividad. Además, esas construcciones se correspondían con la teoría divulgada por los propagandistas del hispanoamericanismo entre la colectividad española de América. Según esta interpretación, las naciones hispanoamericanas se habían independizando de la metrópoli en 1810 no por rechazar ser españolas, sino por no querer acabar como colonias inglesas o francesas; y, además, no se habrían independizado de la nación española, sino en nombre de los principios del liberalismo. En definitiva, en búsqueda de una España mejor. La obra publicística del catalán Ricardo Monner Sans, por ejemplo, incidió sobremanera en ese argumento (*El movimiento de Mayo: Recuerdos históricos*, 1920, y *Los catalanes en la Argentina*, 1927).

65. Sobre el Tercio de Gallegos existe una bibliografía relativamente abundante. Cfr. por todos AA.VV., *El Tercio de Voluntarios Gallegos en la defensa de Buenos Aires*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1996. Sobre los catalanes, cfr. R. Monner Sans, *Los catalanes en la defensa y reconquista de Buenos Aires: Boceto histórico*, Buenos Aires, Impr. Pablo E. Coni, 1893. Sobre la vindicación del Tercio de Gallegos, cfr. M. Castro López, *El Tercio de Galicia en la Defensa de Buenos Aires: Documentos inéditos*, Buenos Aires, Talleres Heliográficos de Ortega y Radaelli, 1911.

66. Cfr. las observaciones de J. Gjerde, *Identidades múltiples y complementarias: Inmigrantes, líderes étnicos y el Estado en los Estados Unidos*, in "Estudios Migratorios Latinoamericanos", 1999, n. 42, pp. 3-22.

Menos problemático era mirar hacia la Edad Moderna, y particularmente a la época del Descubrimiento de América. Ahí fueron sobre todo los publicistas gallegos, además de los vascos (caso aparte, en cuanto gozaban de un estereotipo étnico positivo en la opinión pública argentina desde mediados del siglo XIX), quienes más se preocuparon en trazar una genealogía heroica de conquistadores y descubridores que mostrarían el papel puntero de su región o colectividad de origen en la Historia americana⁶⁷. Se insistió de este modo en la reivindicación del origen galaico de buena parte de la tripulación del primer viaje de Cristóbal Colón, y en el hecho de que su nave capitana fuese construida en astilleros pontevedreses. Pero la tesis que gozó de mayor difusión entre los gallegos de América durante el primer tercio del siglo XX, dando lugar a una extraordinariamente abundante publicística pseudohistoriográfica, fue la tesis del supuesto origen gallego (más concretamente, pontevedrés) de Colón. Con ello se aseguraba un lugar fundamental a los gallegos en la conquista del Nuevo Mundo, al tiempo que se disputaba la maternidad de su descubrimiento a los competidores italianos, pues la figura del almirante genovés había sido elevada al rango de símbolo de la italianidad inmigrante sobre todo por los sectores católicos de la colectividad italiana desde la última década del siglo XIX⁶⁸.

El inventor de la supuesta galleguidad del almirante fue el erudito pontevedrés Celso García de la Riega, quien en una conferencia pronunciada en diciembre de 1898 proclamó el “descubrimiento”. Se basaba para ello en hallazgos documentales, y bien discutibles desde el punto de vista hermenéutico, relativos a la existencia de una familia con ese apellido en Galicia en la época coetánea al nacimiento del almirante, así como en la comparación de varios topónimos pontevedreses con los nombres puestos a las islas descubiertas por Colón. Si éste había ocultado su origen pontevedrés, ello se debería al hecho de que su madre fuese judía, lo que le podría acarrear problemas en la España de los Reyes Católicos. La original teoría fue acogida en un principio como una anécdota curiosa entre los medios historiográficos españoles, y de hecho García de

67. Cfr. X.M. Núñez Seixas, *Colón y Farabutti: discursos hegemónicos de la elite gallega de Buenos Aires (1880-1930)*, en Id. (ed.), *La Galicia austral...*, cit., 219-249.

68. Colón se contraponía así al símbolo de los republicanos, Garibaldi; y de paso se pretendía entronizar el 12 de octubre (antes de su reconversión hispanófila) como fiesta nacional italiana frente al XX de septiembre, para lo que también se destacó el papel de Colón como genovés que contribuyó a la forja de la conciencia de latinidad descubriendo América como italiano en nombre de España. Cfr. F.J. Devoto, *Catolicismo y anticlericalismo en un barrio italiano de Buenos Aires (La Boca) en la segunda mitad del siglo XIX*, in “Estudios Migratorios Latinoamericanos”, 1990, n. 14, pp. 183-210.

la Riega no encontró respaldo para publicar su teoría en forma de libro hasta 1914, el mismo año de su muerte⁶⁹.

Pero los mayores apoyos a la teoría de De la Riega vinieron, precisamente, de ultramar. Se trataba de varios intelectuales y notables de las colectividades españolas de América, desde el publicista Constantino Horta y la escritora Eva Canel (Cuba) y el antiguo profesor de la Universidad de Montevideo José María Riguera Montero, quien intentó promover en Buenos Aires una suscripción para erigir un monumento en Pontevedra a Colón, hasta una pléyade de publicistas españoles residentes en el Río de la Plata, donde destacaron los periodistas gallegos Fortunato Cruces y Olegario Teso, el profesor universitario catalán Ricardo Monner Sans y el líder republicano Rafael Calzada. En España, la tesis del Colón pontevedrés recibió apoyos más o menos efusivos de varias decenas de escritores, académicos, políticos y publicistas de diversas tendencias, desde republicanos como Vicente Blasco Ibáñez hasta el galleguista Aurelio Ribalta⁷⁰.

Entre los proyectos auspiciados por esta campaña figuró la constitución de varios Comités Pro-Colón Español en las diversas repúblicas hispanoamericanas, además de en Madrid y Galicia, aunque sólo el Comité de La Habana destacó por el dinamismo de sus actividades. Igualmente, el periódico conservador madrileño "ABC" estableció un premio para el mejor trabajo histórico sobre la cuna pontevedresa de Colón, recordando la ofensiva paralela que el Gobierno fascista italiano estaba llevando a cabo para reivindicar el origen genovés de Colón, y destacando explícitamente en las bases de la convocatoria que el espíritu crítico de los historiadores se debía someter a los dictados apremiantes de la reivindicación patriótica. Semejante convencimiento mostraba el Centro Gallego de Montevideo, al sumarse a la campaña partiendo del axioma irrefutable de que «La patria de Colón es España y los españoles tenemos la obligación de pregonarlo y divulgarlo»⁷¹. A partir de la aceptación de esa premisa, toda prueba científica era bienvenida. Y toda impugnación de la teoría de la galleguidad de Colón, por muy fundamentada y razonada que fuese, era recibida como un ataque a la labor de hispanoamericanismo en que estaban enfrascados los intelectuales de las colectividades españolas en América, y una baza a favor de todos aque-

69. C. García de la Riega, *Colón, español: su origen y patria*, Madrid, Est. Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1914; igualmente, Id., *La Gallega: Nave capitana de Colón en el primer viaje de descubrimiento*, Pontevedra, Impr. Viuda de J.A. Antúnez, 1897.

70. Cfr. un elenco de los defensores de la tesis del origen gallego del Almirante en R. Calzada, *Obras Completas. Tomo III. La patria de Colón*, Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1925, pp. 229-236.

71. *La patria de Cristóbal Colón. Muy interesante para los ibero-americanos*, Montevideo, Centro Gallego, s.f. [1927], p. 4.

llos interesados – italianos y sus aliados – en hacer desaparecer el recuerdo del origen hispánico de Latinoamérica:

Los pueblos de la bella Italia están celosos de que Pontevedra sea la cuna del Descubridor de las Indias occidentales, y lo mismo sus aliados los sajonizantes, americanizantes, deshispanizantes, iberófobos, latinófobos y galicianófobos, interesados en obscurecer la cuna del almirante⁷².

Ese deber moral y patriótico era aún mayor para los gallegos, ya que a través de la reivindicación del origen pontevedrés del Almirante también se ponía de manifiesto el papel destacado que Galicia siempre habría jugado a la cabeza de las glorias hispánicas, superando el olvido interesado de las aportaciones galaicas que exhibiría la *Historia oficial* española. El personaje de Colón, además, sería equiparable a la anónima contribución de muchos emigrantes gallegos y cantábricos: un «humilde provinciano, que movido por una generosa exaltación, con incomparable audacia, ardiente fe y extraordinario genio, cambió la faz de la tierra»⁷³. Lo que también expresaba el dibujante Álvaro Cebreiro en una viñeta publicada en la revista porteña “Céltiga” en noviembre de 1924: dos gallegos comentaban que «O primeiro emigrante érache galego, chamábase Colón». Sólo los nacionalistas gallegos (al igual que los catalanes o vascos) y los socialistas se declararían contrarios o indiferentes a la galleguidad de Colón.

Los publicistas italianos del Plata, con la excepción de Juan Solari y una polémica mantenida desde las páginas de “La Patria degli Italiani” con el propio De la Riega⁷⁴, apenas se molestaron en replicar en un principio la tesis defendida por los gallegos. Sobre todo, porque la italianidad de Colón era considerada un hecho indiscutible. Bastante tenían aquellos, además, con las disputas locales entre diferentes lugares de Liguria para reivindicar la cuna del Almirante, negando su origen genovés, como hacía en 1910 el mismo Solari, en nombre de la comisión bonaerense para la erección de un hospital en la villa de Fontanabuona, y defendiendo que ésa era la auténtica patria del almirante⁷⁵. Sin embargo, en los años

72. C. Horta, *En el descubrimiento de América. La carabela “La Gallega”, nave capitana de Colón*, “Nova Galicia”, 19 enero 1913, p.1.

73. E. Zas, *Galicia, patria de Colón. Obra patrocinada por el Comité Pro-Colón de La Habana*, La Habana, Imp. P. Fernández y Cia., 1923, p. II.

74. Cfr. los artículos de C. García de la Riega, *Sobre la patria de Cristóbal Colón*, “Nova Galicia”, 4 diciembre 1910, p.1; y *Sobre “Cristóbal Colón, gallego”: contestando a LA PATRIA DEGLI ITALIANI*, “Nova Galicia”, 19 febrero 1911, p.1; donde replicaba a un artículo publicado en “La Patria degli Italiani” del 16 de diciembre de 1910. Igualmente, J. Solari, *Sobre la patria de Colón*, “Nova Galicia”, 1 enero 1911, p. 1.

75. Cfr. un resumen en R. Calzada, *op. cit.*, pp. 237-249; así como J. Solari, *La cuna del descubridor de América. Cristóbal Colón, gloria latina, honor de Italia, lustre de*

de la I Guerra Mundial la insistencia de los periódicos españoles en recordar la galleguidad de Colón, y con ello indirectamente la legitimidad de la conversión de la festividad del Doce de Octubre en Día de la Raza, provocó la reacción de los principales periódicos italianos. Emilio Zuccharini, el periodista más destacado de la colectividad transalpina, recordaba así en octubre de 1917 que la italianidad de Colón era un hecho indiscutible, probado por la ciencia histórica y admitido por un historiador español tan ilustre como Rafael Altamira⁷⁶. Por su parte, “L’Italia del Popolo” reaccionaba de modo semejante un año después, si bien en clave irónica:

visto che l’Italia non sa che farsene delle sue glorie, ha creduto bene di far cambiare stato civile a Colombo. [...] Del resto è provato che Garibaldi era delle isole Canarie e Mazzini della Cocincina. [...] No, cugini spagnoli. Noi crediamo di essere imbecili. E lo pronunciamo da queste terre, scoperte dallo spagnolo Colombo, a tutti i popoli del mondo, per mezzo del telegrafo senza fili, scoperto dal persiano Marconi⁷⁷.

Las aguas tendieron a amainar tras 1918. No obstante, siguió habiendo polémicas puntuales. Así, la inauguración en junio de 1921 de un monumento a Colón en Buenos Aires, obsequio de la colectividad italiana, fue acogida oficialmente por “Correo de Galicia” con benevolencia. Pero este periódico lamentaba igualmente que el embajador italiano no mencionase a España para nada en su discurso, ni se hiciese eco de la disputa *historiográfica* sobre el origen galaico de Colón; pues, aún en el caso de que éste resultase ser genovés, sin el concurso de la Corona hispánica «nada hubiera podido hacer el insigne navegante»⁷⁸.

Pero la competición simbólica entre gallegos e italianos sí alcanzó un cierto eco popular, llegando a ser objeto de burla por parte de los sainetistas argentinos. Así escenificaba el popular comediógrafo Julio F. Escobar en *Colón era gallego* (1928) el momento de la disputa entre dos futuros consuegros, el gallego Cabreiroá y el *tano* Musolino, al proponer este último un brindis por la italianidad de Colón:

España, homenaje al Centenario de la República Argentina, 1810-25 de Mayo-1910, Buenos Aires, Imprenta de Isidoro de Benedetti, 1910.

76. E. Zuccharini, *A proposito di C. Colombo*, “La Patria degli Italiani”, 14 octubre 1917, p. 4; en el mismo sentido, su artículo *Parliamoci claro e intendiamoci bene*, “La Patria degli Italiani”, 15 octubre 1917, p. 1.

77. Vir [Folco Testena?], *Appunti... una di meno*, “L’Italia del Popolo”, 12 octubre 1918, p. 3.

78. *La grandeza de España y Cristóbal Colón*, “Correo de Galicia”, 19 junio 1921, p. 15.

MUSOLINO. - ¡Viva la República Argentina!
 TODOS. - ¡Vivaaaaaa...!
 MUSOLINO. - ¡Y viva mi gran paisano Cristóbal Colón, que descubrió la América para todos nosotros!...
 TODOS. - Vivaaaaaa...
 CABREIROÁ. - (*Poniéndose de pie.*) Un momento... Me asocio de todo corazón al brindis por el gran navegante, pero como español, no puedo ni debo aceptar en silencio el grave error que ha cometido al decir que Colón era su paisano...
 MUSOLINO. - (*Saltando*) ¿Y qué? ¿Hay quien diga que Colón no era italiano?
 CABREIROÁ. - Los más grandes historiadores del mundo afirman que Colón era ¡¡gallego!!
 (*Murmullos de aprobación unos y de desaprobación otros.*) [...]
 MUSOLINO. - (*A Violeta.*) Venga para aquí, hija... Yo no puedo tener trato con semejante chusma. [...]
 CABREIROÁ. - Pues aunque reviente... ¡¡Colón era gallego!!

Con ello, se interrumpen los planes de matrimonio, debido a la rivalidad alrededor de la nacionalidad de Colón entre Musolino y Cabreiroá, disputa que a los hijos enamorados para nada interesa. Musolino observa en la insistencia de su futuro consuegro una señal de lo que los gallegos (y españoles) acostumbrarían a hacer en Argentina para desprestigiar a los italianos: apropiarse para España de todas las glorias itálicas:

MUSOLINO. - [...] Son cosas de los gallegos. Esperan que una nación tenga un héroe y después que se madura varios siglos en la historia, se lo agarran para ellos [...]. Un día de estos usted verá que salen diciendo que el Dante era un coplero sevillano y que Garibaldi porque usaba la camisa colorada, era torero⁷⁹.

No obstante, dentro del mundo intelectual y científico español, e incluso en el seno de la colectividad gallega de Argentina y Cuba, se levantaron voces que denunciaban la falta de fundamento de las pruebas documentales aducidas por De la Riega. Fue el caso en Buenos Aires del bibliotecario de la Universidad Rómulo Carbia, del librero y editor Laureano M. Oucinde, y algunos más⁸⁰. La propia Academia Gallega se mostró contraria a aceptar la tesis de la galleguidad de Colón, siendo tachada de traidora por los publicistas emigrados. Finalmente, la Real Academia de la Historia madrileña, a pedido del propio rey Alfonso

79. J.F. Escobar, *Colón era gallego*, "La Escena", 27 septiembre 1928.

80. R. Calzada, *op. cit.*, pp. 205-227; R.D. Carbia, *Origen y patria de Cristóbal Colón*, Buenos Aires, s.ed., 1918; L.M. Oucinde, *Cristóbal Colón, su origen y patria, carta a Juan Solari*, Buenos Aires, s.ed., 1910; Id., *Colombinos Art Nouveau. Nuevo campeón. Un zapatero que ahorca el tirapié*, Buenos Aires, s.ed., 1913.

XIII, encargó un informe técnico en el que la teoría del Colón pontevedrés sufrió una seria desautorización. Ello contribuyó a que su vigencia se fuese desvaneciendo de la esfera pública.

El entusiasmo en la defensa de la galleguidad de Colón comenzó a disminuir hacia fines de la década de los Veinte, tanto por la abrumadora evidencia de la frágil consistencia de las evidencias documentales como por la constatación, primero por los intelectuales nacionalistas gallegos (ya desde 1920), y más tarde por buena parte de las élites de la colectividad inmigrante, del carácter contraproducente que revestía el insistir en la galleguidad de origen de un personaje que, si fue gallego, prefirió no alardear de ello. Y, *aún peor*, ¡se hizo pasar por genovés! Ello suponía conceder una inesperada baza al “competidor”, que podría además argumentar que Colón se habría *avergonzado* de proclamar su origen galaico, al igual que muchos inmigrantes. De este modo, el argumento se tornaba contraproducente⁸¹.

De ahí que algunos autores diesen en proponer soluciones de compromiso que acabasen con el pleito gallego-italiano: Colón sería pontevedrés, pero su apellido sí sería italiano. Merced a ello, sintetizaría un espíritu de latinidad trasplantado a América, con proyección en el presente: «Su patria es la nuestra; pero el primitivo origen histórico, la raza del que alcanzó inmortal hazaña es italiana»⁸². El escritor vasco-argentino Francisco de Grandmontagne ponía en boca de uno de sus personajes esa renuncia a la galleguidad de Colón, compensada con el argumento de que los reyes de España habían sido quienes, con su apoyo financiero, habían hecho posible el descubrimiento de América. Ello habría de ser suficiente para los italianos:

[...] los italianos dicen que todo se debió a Colón. Pero ¿qué hubiera hecho Colón sin España? ¿Cómo habrían salido las carabelas si Doña Isabel la Católica no llega a empeñar las sortijas? Digan lo que digan los grévanos [italianos] – ¡nos tienen una tierra! –, nunca podrán negar que en los dominios de España no se ponía el sol. ¡Eso no hay grévano que pueda desmentirlo!⁸³.

Con todo, durante los años Treinta la tesis del Colón gallego siguió disfrutando de un predicamento relativamente amplio. Y todavía hoy cuenta con algunos defensores, tanto en Galicia como en Argentina.

81. Cfr. por ejemplo J. Torrendell, *La nacionalidad de Colón*, “Correo de Galicia”, 11 enero 1931, p. 2. La revista “Céltiga” reproducía en julio de 1926 una caricatura sarcástica, en la que dos encopetados caballeros discutían sobre la galleguidad de Colón: «¿Usted por qué cree que Colón era gallego? – Porque lo negó» (cfr. “Céltiga”, 25 julio 1926).

82. A. de Bustos y Bustos, *La Patria de Cristóbal Colón*, Madrid, Ed. Ibero-Africano-Iberoamericana, s.f., pp. 43-44.

83. F. Grandmontagne, *op. cit.*, p. 177.

El vuelo del Plus Ultra: el nuevo Colón

El momento culminante de la campaña publicística en pos del prestigio simbólico de la colectividad gallega y, por extensión, española, lo constituyó sin duda la llegada del avión español *Plus Ultra* a Buenos Aires el diez de febrero de 1926, primer vuelo transoceánico tripulado. Pero también lo fue de las limitaciones de tal discurso.

Lo que fue considerado un hito de la aviación mundial, conquistado por una tripulación y una aeronave española, y el hecho de que el comandante de la tripulación fuese un gallego, el ferrolano Ramón Franco, hermano masón y republicano del general Francisco Franco, fue motivo suficiente para que la inmensa mayoría de las asociaciones galaicas de Buenos Aires se uniesen en la exaltación de los héroes, recibidos a su aterrizaje por una multitud integrada en buena parte por inmigrantes gallegos y españoles. En medio del regocijo de la celebración, se contraponía por parte de los periódicos de la colectividad al gallego Franco frente al supuestamente fracasado Italo Balbo, y se presentaba al aviador ferrolano como una suerte de nuevo Colón. La hazaña de Franco venía a continuar los pioneros esfuerzos del aviador también ferrolano José Piñeiro, quien visitó la capital Argentina a principios de 1914. Pero Ramón Franco ocupó su lugar con creces, con aureola de triunfador y elevado a la categoría de símbolo del orgullo de los españoles, y sobre todo de los gallegos, esparcidos por el mundo. Los tripulantes del aeroplano representaban las glorias pasadas y presentes de la patria. Y en Ramón Franco, especialmente, se fundían todas ellas. En enero de 1926, días antes de que el *Plus Ultra* arribase al Río de la Plata, el presidente del Centro Gallego de Montevideo afirmaba que la hazaña del comandante Franco vendría a ser una continuación de la gesta de Colón siglos atrás. El ferrolano y sus compañeros personificarían y sintetizarían «el pasado, el presente y el porvenir de España»⁸⁴.

Desde una perspectiva ideológica diferente, la revista “Céltiga”, que reunía lo más granado de la intelectualidad nacionalista y republicana gallega de Buenos Aires desde 1924, también coincidió en la exaltación del héroe. Sobre todo, exaltó de modo descubierto la primacía que Franco permitía a los gallegos sobre los italianos. Con ese motivo, aparecieron en ella varias caricaturas alusivas a la supuesta desazón de los inmigrantes italianos por la hazaña de Ramón Franco: junto a un chofer de tranvía, profesión típicamente gallega, que presume del logro («¡Eso es una hazaña! Hay que ser del volante para saberlo») aparecía un barrendero napolitano que expresa apesadumbrado su temor a que «ahora é posible que perdamo a nostro Colombo, sacramento»; y otro cavilaba en

84. “Revista del Centro Gallego”, Montevideo, enero 1926.

cómo reivindicar la italianidad de Franco («Per la madonna: sonno informato que la soegra de la bisabuela de Franco era napolitana. Ecco il problema»)⁸⁵. Los gallegos habían vencido en la disputa con Colón, supuestamente. Y ahora se apuntaban para sí sin disputa alguna la proeza de Ramón Franco.

Cuando el *Plus Ultra* llegó a Buenos Aires, la multitud congregada en la zona del puerto y en la Costanera rompió en enfervorizados aplausos, henchida de orgullo colectivo, que la élite española interpretaba como demostración del sentimiento nacionalista español. «¡Qué triunfo para España!», escribía el presidente de la Asociación Patriótica Española, el músico vasco Félix Ortiz y San Pelayo, «¡Qué gloria para la patria querida del alma, contra la que siempre se cebaron la maledicencia, la insidia y la intriga ocultando sus heroicas proezas con los gases asfixiantes de la leyenda negra!». La organización de los festejos oficiales en honor de la llegada del aviador ferrolano a Buenos Aires fue asumida por una comisión presidida por la Asociación Patriótica Española, a la que se adhirieron 397 sociedades hispánicas de toda Argentina. Sólo faltaban, según reconocía el propio Ortiz y San Pelayo, las «sociedades republicanas y socialistas, y algunas constituidas para sostener escuelas laicas en España», que temían que su adhesión fuese interpretada como un apoyo indirecto a la dictadura de Primo de Rivera⁸⁶. Con todo, también estas últimas organizaron actos de bienvenida a Ramón Franco. Sin ir más lejos, la galleguista de izquierda Federación de Sociedades Gallegas, Agrarias y Culturales de la República Argentina (FSG), que agrupaba entonces a 36 asociaciones galaicas, y la revista “Céltiga”, entre otras⁸⁷.

Las recepciones y agasajos a los aviadores fueron continuos durante los días siguientes, en medio de una intensa exaltación españolista. No obstante, no tardaron en aparecer las discrepancias crónicas entre los líderes y asociaciones de la colectividad hispánica. Se trataba de disputas por el protagonismo, pero también de un extraño malentendido alrededor de un supuesto telegrama enviado por la comisión de recepción al Gobierno español, en el que se pedía que, en el caso de que Franco continuase vuelo hacia el Pacífico, el avión *Plus Ultra* permaneciese en Buenos Aires, ya que estaba en marcha una suscripción entre la colectividad para regalarle un nuevo aeroplano, de nombre *El Argentino*. Franco interpretó

85. Cfr. *Franco llegó!!... Apuntes del natural por Saúl Borobio*, “Céltiga”, febrero 1926.

86. “Correo de Galicia”, 21 marzo 1926, p. 4; *Unión problemática*, “Hércules”, 15 abril 1926, pp. 1-2.

87. Cfr. F. Ortiz y San Pelayo, *El “Plus Ultra” en Buenos Aires. Historia de un cablegrama que nunca existió*, Buenos Aires, Librería y Ed. “La Facultad”, 1926; igualmente, R. Rodríguez Díaz, *Historia del Centro Gallego de Buenos Aires*, Buenos Aires, s. ed., 1940, p. 100-104; y el testimonio, no exento de ironía, de los propios aviadores, en R. Franco Bahamonde, J. Ruiz de Alda, *De Palos al Plata*, Madrid, Espasa Calpe, 1926, pp. 237-284.

ese texto como una petición para que no continuase el viaje, e hizo declaraciones amargas a la prensa sobre el comportamiento de la colectividad. De todos modos, la suscripción para comprar un nuevo avión (a la que se adherieron veintitrés sociedades españolas) tuvo que suspenderse al no recaudar el dinero esperado. La intensa movilización nacionalista que los dirigentes de la colectividad española, y muy particularmente la Asociación Patriótica Española, quisieron capitalizar para conseguir unificar los puntos de vista de las diversas asociaciones y avanzar hacia una mayor unidad orgánica, no rindió los frutos esperados. Y ya no se conseguiría en lo sucesivo.

Pero ese fracaso también tenía otra causa: la polivalencia del nuevo mito. Ramón Franco no sólo fue un símbolo adecuado para mostrar con arrogancia la *valía* galaica y española ante los argentinos, así como ante los italianos y otras colectividades inmigrantes en la Argentina – aunque, de hecho, la Federación de Sociedades Italianas de la Argentina también tributó un homenaje al aviador, apelando al común sentimiento de *latinidad*⁸⁸. Se convertía también en un mito útil para demostrar ante el resto de la colectividad española que eran los gallegos quienes se hallaban a la cabeza de las glorias patrias. Cuando no se afirmaba implícitamente desde otras perspectivas ideológicas, como hacían los sectores nacionalistas agrupados en la FSG, que el aviador, además de profesar conocidas simpatías republicanas y de izquierda, era un símbolo del despertar cultural y político de una nueva Galicia que reaccionaba frente a la *opresión* castellana. Ramón Franco, personaje con un físico más bien grueso y de baja estatura, era presentado incluso como un arquetipo *racial* del carácter gallego, invirtiendo una vez más el molde del estereotipo negativo del inmigrante: era como todos los gallegos, trabajadores y sufridos, que alcanzaban el éxito con tesón, frente al supuesto carácter fanfarrón castellano (y, quizás, porteño). El prestigioso periódico “La Nación” llegó a insertar en primera página una salutación de bienvenida en gallego de la FSG a Ramón Franco, donde se reivindicaba que el aviador pertenecía exclusivamente a los gallegos («Ramón Franco ¡noso, noso!»), y que su hazaña era un fenómeno paralelo al resurgimiento cultural y político de Galicia, cruzando el Atlántico al igual que «outro galego» lo había hecho cuatro siglos atrás. Por ello, concluía afirmando que Ramón Franco había de ser para el inmigrante gallego el «símbolo da Galicia nova», hacerle orgulloso de la tierra que lo vio nacer, y menospreciar a aquellos

88. Cfr. R. Franco Bahamonde, J. Ruiz de Alda, *op. cit.*, pp. 259-260. En agradecimiento, *Correo de Galicia* se sumó a los festejos en honor del aviador italiano Francesco de Pinedo, quien repitió el vuelo de Franco en febrero de 1927. Cfr. “Correo de Galicia”, 20 febrero 1927, p. 1; Ivi, 27 febrero 1927, p. 1; y el artículo de J.R. Lence en homenaje a Italia, *La siempre hidalga*, “Correo de Galicia”, 13 marzo 1927, p. 1.

que se decían compatriotas suyos, pero que le llamarían *gayego* con desprecio, «con deixo de xenreira e de podre señorío»⁸⁹.

Los pasodobles *Plus Ultra*, *Franco y Ruiz de Alda* y varios más del mismo género, ejecutados con profusión en las romerías y fiestas gallegas de Buenos Aires durante los dos años siguientes, serán un rescoldo del renovado orgullo galaico e hispánico por la hazaña del aviador. Pero encubrían lo que en el fondo había sido un fracaso de una parte de la élite inmigrante: la capitalización de la proeza de Franco y sus compañeros como momento germinal para la reorganización y la *renacionalización* de la colectividad española, utilizando la comunidad gallega como pilar vertebrador más fuerte y aparcando toda disputa alrededor del régimen imperante en España. Sin embargo, un año después de la proeza del aviador, sólo la revista galleguista “Céltiga” recordaba el aniversario del vuelo de Franco, considerándolo de nuevo como una aportación paralela al surgimiento de una generación que enarbolaba el nacionalismo gallego: «es el espíritu redivivo de los hijos de Breogán, pobladores de mundos»⁹⁰. Y en 1928 sólo la Casa de Galicia de La Plata festejó el aniversario de la llegada del *Plus Ultra*. En el banquete conmemorativo, el periodista Fortunato Cruces se encargó de hacer un uso exclusivamente partidista de la efemérides: el vuelo era un triunfo de la España católica y eterna, identificada con el régimen de Primo de Rivera⁹¹.

Además de las divisiones políticas internas entre partidarios y oponentes de la dictadura de Primo de Rivera, dentro de la colectividad galaica los nacionalistas gallegos influyentes en la FSG plantearon un abierto desafío al reivindicar exclusivamente para Galicia la gloria del *raid* transoceánico. A mediados de la década de los Veinte, se ponía claramente de manifiesto que dentro de la colectividad española inmigrada en la Argentina existían varios proyectos identitarios. Y, por lo tanto, la unanimidad patriótica alrededor de los mismos símbolos ya no era posible, como sí lo había sido una década antes en torno a la reivindicación de la galleguidad de Colón. En ese contexto, la contraposición a los italianos nunca fue capaz de convertirse en un discurso retórico con fuerza y credibilidad suficiente como para reforzar una conciencia común de *españolidad* opuesta a un *otro*, en base a un discurso claro y eficaz, o a imágenes bien articuladas y dotadas de coherencia interna. Desde mediados de la década de 1920, la contraposición entre españoles e italianos pasó en la práctica a un segundo plano, al de las disputas cotidianas en el lugar de trabajo o en la calle y en la fábrica, o al de la rivalidad de carnaval. Para la élite hispánica de Buenos Aires, imbuida de un ideal nacio-

89. “Boletín Oficial del Centro Gallego”, 28 febrero 1926; el manifiesto de la FSG en “Alborada”, febrero 1926.

90. *En el aniversario de la gran Hazaña*, “Céltiga”, 10 febrero 1927.

91. *A Franco, en la ciudad de La Plata*, “Nova Galicia”, 28 febrero 1928, p. 2.

nalista español y nucleada alrededor de la Asociación Patriótica Española, el Club Español, la Asociación Española de Socorros Mutuos, la Sociedad Española de Beneficencia o buena parte de las sociedades mutualistas de ámbito regional⁹², el verdadero oponente pasó a estar representado, al igual que en la Península, tanto por los nuevos izquierdistas que saltarán al primer plano en 1931 como por las identidades nacionales alternativas a la hispánica que ganaron a una parte significativa, aunque no al conjunto, de los inmigrantes catalanes, gallegos y vascos en la Argentina⁹³.

92. Cfr. A. E. Fernández, *Patria y Cultura. Aspectos de la acción de la élite española de Buenos Aires (1890-1920)*, "Estudios Migratorios Latinoamericanos", 1987, n. 6-7, pp. 291-307; A. Duarte, *La República del emigrante. La cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910)*, Lleida, Milenio, 1998.

93. Cfr. entre otros V. Castells, *Catalans d'Amèrica per la independència*, Barcelona, Pòrtic, 1986; A. de Astigarraga, *Abertzales en la Argentina*, Bilbao, Alderdi, 1985; O. Álvarez Gila, *Vascos y vascongados: Luchas ideológicas entre carlistas y nacionalistas en los Centros Vascos del Río de la Plata (1900-1930)*, en R. Escobedo Mansilla, A. de Zaballa Beascochea, O. Álvarez Gila (eds.), *Emigración y redes sociales de los vascos en América*, Leioa, UPV/EHU, 1996, pp. 171-92; X.M. Núñez Seixas, *O galeguismo en América, 1879-1936*, Sada-A Coruña, Eds. do Castro, 1992. Para una visión integrada, cfr. X.M. Núñez Seixas, *Leadership ethnique, exil politique et ethnonationalisme chez les collectivités ibériques en Amérique Latine (1880-1960)*, en F. Devoto, P. González-Bernaldo (eds.), *Émigration politique. Une perspective comparée. Italiens et Espagnols en Argentine et en France (XIXe - XXe siècles)*, Paris, L'Harmattan, 2001, pp. 263-294.